

yo soy aquel



osvaldo bossi

YO SOY AQUEL

OSVALDO BOSSI

osvaldo bossi

yo soy aquel



nūdista

bossi, osvaldo.
yo soy aquel - 1a ed. - córdoba: nudista, 2014.

e-book
isbn 978-987-1959-34-1

1. narrativa argentina. 2. novela. I. título.
CDD A863

ficha técnica

fotografía de tapa - juan cruz sánchez
logo - martina carcavallo / mambostudio
en bs. as. - guillermo salvador marinaro
comunicación - soledad graffigna
dirección de arte - juan cruz sánchez delgado
diseño y dirección editorial - martín maigua

contactos

contacto@editorialnudista.com.ar
www.editorialnudista.com.ar



queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor

a mi papá
y a su carrito de botellero

a Santiago Rey
por la joya del Nilo
que hay en su corazón

y para Analía Hounie
ángel entre los ángeles

*Una tragedia infantil adorable
se me va dibujando.*

Umberto Saba

Todo día está en la eternidad.

Allen Ginsberg

ABRO LOS OJOS, cierro los ojos.

¿Soy un árbol o soy un niño? Soy un niño. Tengo nueve años y esta es mi casa: cuatro paredes de madera y un techo de cartón, nada más que eso. El baño está afuera y es casi lo mismo. Cuatro tirantes y un par de chapas y una cortina de tela.

Abro los ojos, los cierro. Qué más, qué más...

En el fondo hay un árbol de eucaliptus, la bomba de agua, un patio de tierra, un caballo que se llama Tornado, y el carrito de mi papá. Si llueve se escucha la lluvia, pero ahora no llueve. Las chapas duermen su sueño tranquilo después de soportar, todo el día, el sol del verano. A veces crujen un poco, como si estiraran las piernas, pero en general están dormidas o mirando la noche.

Acostado en mi cama, las miro.

¿Estoy dormido o estoy despierto?

La luna, desde la ventana, me mira y se sonríe. ¿Es importante eso? La miro y le digo que no. Creo que no, le digo. Luego pasa un mosquito, zumbando. Chau, nos vemos otro día, me dice, de refilón y a las apuradas. *Acá no se puede respirar...* Y me señala el humo de los espirales que están apoyados, haciendo equilibrio, cada uno sobre el pico de una botella.

—Chau —le digo.

Abro los ojos, los cierro.

PAPÁ SE QUITA la camisa, apaga la luz de la cocina y vuelve a la pieza. Se acerca hasta la ventana y mira el cielo, de un negro purísimo, como una mancha de alquitrán.

Del bolsillo de su camisa saca un paquete de cigarrillos y el encendedor.

Mamá lleva puesto un camisón blanco, holgado; parece una nube. Lo mira a mi papá, se le acerca. Apoya la cabeza sobre su hombro. Papá se lleva un cigarrillo hasta los labios, espera un segundo, mira por la ventana y después lo enciende.

De su boca, de su nariz, salen dos chorros de humo. Largos, espesos. Mamá lo mira y luego mira la noche por la ventana. Él aparta el cigarrillo de sus labios; ella se suelta el pelo, negro, hasta la cintura.

Él la mira, la atrae junto a sí. Ella se ríe.

A lo lejos, se escucha el run-run de la radio y las aletas de un ventilador dando vueltas.

Cierro los ojos, pero no puedo dormirme. Mamá se da cuenta y se aleja enseguida de mi papá. Ahora vengo, le dice.

Él trata de retenerla, pero ella se aleja, se escurre, se acerca hasta mi cama.

—Hola —me dice.

No le contesto nada. La escucho.

—Sé que estás despierto.

Abro los ojos.

—No tengo sueño...

—¿Quieres que te cante una canción?

—Bueno.

Entonces se pone a cantar, bajito. Casi no se le escucha la voz.

Papá sigue en la ventana, le da una última pitada al cigarrillo y le pregunta: ¿Se durmió?

Ella le dice que sí. Me da un beso tibio, como un pajarito, sobre la frente y luego otro, sobre la mejilla, y vuelve a su lado. Al rato, me duermo.

En el sueño, atravieso el cielo de una punta a la otra, como un cometa que no sabe si va a chocar contra la Tierra, o dar la vuelta y seguir su camino por la galaxia.

Al verme, mi papá se sonríe.

Mamá apoya la cabeza sobre su hombro, como si estuviera muy enamorada o muy cansada, o las dos cosas a la vez. En eso, sin dejar de mirar el cielo, papá le señala un punto brillante que cruza la noche a toda velocidad.

—Mira, es un cometa —le dice—. ¿Lo ves...?

Pero cuando mi mamá levanta los ojos para verme, ya estoy en otra parte, muy lejos...

—A dónde.

Parece una niña. Papá se ríe.

—No importa —le dice, y aspira el humo de su cigarrillo, y luego lo arroja al aire, y luego se acerca.

Mamá lo mira, mira esa ráfaga de humo, y cierra los ojos.

AL LADO DE MI CASA está la casa de mi tía Magdalena. Y un poco más allá, la casa de mi padrino Serafín y de mi tía Rosa. Y otro poco, pero más lejos, la misma casilla de madera en donde viven mi tía Pirucha y el tío Carolo.

Desde afuera parece una villa, pero no es una villa, porque somos todos de la misma familia, dice siempre la tía Nené, con su cara redonda, como un plato.

Mamá la escucha y se sonríe. Cuelga las camisas de mi papá y un solero lleno de flores azules y anaranjadas, y mi ropa, que ocupa la mitad de la sogá. Cuando llega la tía Pirucha (un poco enojada, como siempre) agarra la ropa y la tira toda junta adentro del fuentón.

Mamá se ríe otra vez.

Tía Pirucha cuenta que no pudo pegar un ojo en toda la noche, con este calor insoportable, y dice una mala palabra.

Es temprano. No corre una gota de aire. Cada tanto, abro el cuaderno y trato de concentrarme en la tarea de la escuela. Pero a mi alrededor todo arde, tiembla, como si no estuviera en el patio del fondo, bajo la sombra del eucaliptus, sino adentro de un panal de luz, y mis tías y mi mamá fueran un puñado de abejas transportando enormes carretillas de miel.

En eso, tía Pirucha deja la ropa y vuelve hasta su casa y pone en el tocadiscos una canción, a todo volumen.

Es una canción que habla de cosas tristes, pero a mí y a mi mamá nos gusta. A tía Magdalena, en cambio, parece que no, porque dice que para sufrimientos está la vida, y que más lindas son las canciones alegres. Igual le pregunta: *¿El que canta es un ciego, no?*

Tía Pirucha le dice que sí, e inmediatamente se olvida de todo lo que está pasando a su alrededor. Se olvida de mi mamá, de la ropa en la sogá, del calor, y se pone a cantar a los gritos.

Yo la miro, un poco encandilado, como si todo lo que le está pasando al muchacho de la canción, le estuviera pasando a ella en realidad.

Al verla, tía Magda se vuelve corriendo para la cocina. Mamá y yo, todo lo contrario, nos quedamos mirándola, los ojos muy abiertos, como hipnotizados. A ella, y al ciego que mató a la chica de la que estaba enamorado, y ahora, en la cárcel, espera ser llevado a la silla eléctrica.

Tío Carolo se asoma por la ventana de la cocina, en cueros, con un mate en la mano, y se sonríe. A mi mamá se le cae una lágrima, y enseguida la seca, con el dorso de la mano.

Yo, al principio, no sé qué hacer; pero después lo entiendo al ciego y pienso: *Si yo fuera la chica, aunque estuviera muerta, lo perdonaría. Lo perdonaría, estoy seguro.*

—Lo que pasa es que sos muy bueno —dice mi mamá, que lee todos, o casi todos mis pensamientos.

Levanto los ojos y la miro.

Sin darle tiempo a nada, como si estuviera poseído por el espíritu de la chica, le contesto, con absoluta convicción:

—No se confunda, señora, lo que pasa es que estoy... está, la chica quiero decir... enamorada... Sólo eso... ¿Es tan difícil de entender?

Aparentemente sí, es muy difícil, ya que ella me mira, un poco aterrorizada, y sin saber qué

hacer, exactamente, conmigo. Si llevarme de un brazo, corriendo, fuera del alcance de mi tía Pirucha, o si pedirme que la disculpe y darme la razón.

Yo aprovecho el barullo y me dejo transportar, con los ojos llenos de lágrimas, hasta el cielo, y en el cielo me abrazo con el muchacho recién electrificado.

Tanto, que puedo sentir yo también, en mi propio cuerpo, el mismo cortocircuito. Y ahí nomás nos perdonamos, el uno al otro, y nos olvidamos de todas las cosas horribles que nos pasaron en la Tierra.

ES LA HORA de la siesta. Estoy acostado en mi cama y mamá en la suya, los ojos cerrados, como si estuviera dormida. A veces da vueltas para un lado y a veces para el otro, o se acurruca, o estira los brazos y las piernas como si llevara, en secreto, una incesante actividad.

Yo hago todo lo contrario: me quedo quieto y pienso en el frío. Pienso en grandes bloques de hielo, y en una tormenta de nieve acercándose hasta los pies de mi cama.

¿Estaré dormido o despierto? Abro los ojos y miro la pieza. Miro la luz que entra por las hendiduras de madera y pienso: *Dormido o despierto, tengo que irme...* Y antes de que pudiera darme cuenta, ya estoy afuera, en el patio.

Empujo la puerta de alambre. El sol, en lo alto, como una bola de fuego incandescente.

A unos pocos metros, veo la casa de mi amigo Luis. Es una casa grande, de material. Un rectángulo de pasto con algunas flores adelante; la puerta principal y la puerta del pasillo, a un costado.

La veo un segundo, porque enseguida se desvanece, como si se la hubiera tragado la tierra.

No importa, cruzo la calle; el conductor aprieta los frenos; me doy vuelta. El sol cae, a pique, sobre el azul de la carrocería. Oigo el chirrido de los neumáticos y después nada más. El guadabarro se incrusta contra mis rodillas y me levanta en el aire.

Mis anteojos, pienso. Pero no alcanzo a retenerlos e inmediatamente caigo, yo también, como un muñeco de trapo, sobre el capot. La cara muy cerca del parabrisas y del hombre que me observa, aterrado, sin comprender lo que está pasando en realidad.

Trato de incorporarme. Alcanzo a tocar el vidrio con una de mis manos y vuelvo a caer hacia atrás, sobre el pavimento.

El hombre abre la puerta del auto y se acerca. Lo miro y él me mira, sin decir nada. Al rato, como si despertara de un sueño, me toma de la mano y me pregunta si estoy bien.

Es joven. Lleva puesta una remera blanca, inmaculada. Unas gafas oscuras. La piel del rostro ligeramente bronceada y lampiña.

Se quita los anteojos oscuros y vuelve a preguntarme: ¿Seguro que estás bien?

Tiene los ojos grises y amarillos, como los de un gato.

—Vamos —me dice—, te llevo al hospital.

Lo escucho, como si el hombre estuviera hablándome desde muy lejos, o yo estuviera metido en un frasco de vidrio.

—No hace falta, estoy bien.

Me observa de arriba abajo. Sacude la cabeza, se despabila.

—Gracias —le digo.

Doy unos pasos, todavía inseguros, sobre el asfalto. A los costados hay un grupo de gente, conversan entre ellos. Me miran y vuelven a su conversación.

Alguien (un chico) se acerca y me toma del brazo. Me pregunta: ¿Estás bien? Estoy bien, le digo.

Es Luisito. Los ojos redondos y oscuros. La piel del rostro pálida, excesivamente pálida,

como si hubiera visto a un muerto.

—Tomá —me dice, y me entrega los anteojos—. No se hicieron nada. De milagro.

Agarro los anteojos y me los llevo a la cara. Están sucios, le digo. Él se ríe, me toma de los hombros. *Mi mamá* —pienso en ese momento— *debe estar dando vueltas en la cama, o ya se despertó y ahora se da cuenta que otra vez me escapé de la pieza, y dice: “Este chico” y vuelve a cerrar los ojos.*

Dejo caer mi cabeza sobre el hombro de Luisito, y desde ahí veo al muchacho immaculado subir al auto y cerrar la puerta. Ya dentro, abre las ventanillas, pone el motor en marcha y se aleja, a toda velocidad.

Los vecinos, como ya no hay nada que ver, se dispersan, cada uno para su casa; el sol no. Cae y cae sobre mis ojos, sobre mis hombros, sobre la cara de Luisito... Como una montaña de luz.

LA PIEZA de mi amigo está en la terraza. Por suerte, su madre duerme la siesta y su padre, a esta hora, está en la fábrica, trabajando.

No le pregunto una sola palabra por su hermano, el Titi... Subimos por una escalerita de caracol. Recién ahí me despego de su hombro. Creo que voy a desmayarme, le digo.

—Dale, no te hagas la nenita.

En la pieza, me pide que me recueste “un cacho” sobre la cama.

—No se dice “un cacho”.

—Es lo mismo.

—Tenés razón, es lo mismo.

Por un momento, sus ojos pierden el halo de seriedad que tenían y se iluminan como dos lamparitas eléctricas. Su boca se abre, y desde el fondo, emana una sonrisa que no se sabe si viene de los ojos o de su corazón. O de ambos lugares a la vez.

—¿Qué mirás? —me pregunta.

—La cara de mono que tenés —le digo, por decir algo nada más.

Se ríe.

Me recuesto sobre la cama.

Luisito observa detenidamente mis zapatos y vuelve a sonreírse.

—Esos zapatos con cordones, Os... Parecés un viejo.

Lo miro, luego miro los zapatos y me encojo de hombros.

Luisito me pregunta por enésima vez si estoy bien. Le digo que sí, pero al acomodarme sobre la cama siento un tirón en la espalda, a la altura de los omóplatos.

—A ver, quitate la remera.

—No tengo nada.

—No seas zonzo...

Me siento. Levanto los brazos y dejo que me ayude con la remera.

—Despacio —le digo.

—Parece que tenés un raspón en la espalda, muy feo...

—Despacio...

—Lo estoy haciendo despacio, Os... Tendríamos que ir al hospital.

—No.

—Se te va a infectar... A ver, esperame.

Sale de la pieza y vuelve con una cajita de primeros auxilios. La apoya sobre la mesa de luz. Saca un bollo de algodón y lo empapa en alcohol. Lo acerca hasta la piel de mi espalda y dice: Respirá hondo que va a doler. Aguantá, dice. Pero el alcohol, apenas entra en contacto con la herida, arde como una quemadura.

Enseguida, Luisito empieza a soplar. Qué alivio, pienso, es como el viento que entra por la ventana de los trenes, y pasa por los árboles, y sube hasta la terraza...

—¿Mejor?

—Sí, mejor.

—Me alegro, ahora descansá un rato.

—Parecés mi mamá.

—Callate, chicato, y la próxima vez fijate mejor cuando cruzás la calle.

Se enoja. Se ríe.

—Luisito... —le digo.

—¿Qué?

Iba a contarle algo, sobre el viento, o sobre el accidente, pero al final no sé, no le digo nada.

—No, nada —le digo. Y me quedo dormido.

Lusito me mira, se acerca. Me quita los anteojos y los coloca, muy lentamente, una pata al lado de la otra, sobre la mesita de luz.

Los ojos achinados y brillantes. El Titi se acerca, le pregunta: ¿Estás bien? El chico no sabe qué contestar. Si le dice que sí, miente. Si le dice que no, miente lo mismo. No dice nada y cierra los ojos. El otro se pone de pie; se aleja, a un costado. Se sube el cierre del pantalón. Mira la noche, las estrellas... El chico se duerme.

ME LLEVAN al hospital; no importa lo que yo diga. El raspón en la rodilla y en los codos terminaron por convertirse en animales de ultratumba. No sé cómo se dieron cuenta; hice todo lo posible para ocultarlo y aquí estoy, en una camilla.

El médico se acerca. Estás jodido amiguito, me dice. A ver... Levanta la remera y encuentra otro raspón. ¿Te duele? Sí. ¿Te duele mucho? Mucho, le digo.

Acerca sus manos hasta mis ojos; levanta un párpado y después el otro. Pone su estetoscopio sobre mi pecho. Respirá hondo, dice. No puedo. Más hondo. Respiro, y es como si se me partiera el esqueleto por la mitad.

—¿A qué hora fue?

—No sé, a la mañana —le cuenta mi mamá—. Pero dijo que se cayó de un árbol. Recién a la noche me enteré. Por la fiebre...

—Hay que hacer unas placas.

Mamá se acerca, me pasa la mano por el pelo. Yo le digo: No fue nada, no llores, no me voy a morir. Pero las palabras no me salen. Si hablo, se me rompe el esqueleto, y si no hablo, lo mismo.

Lo primero es lo primero, dice el médico. Ahora hay que bajar la fiebre. Estoy bien, no tengo nada, le digo. Fue nada más que un golpe. Un golpe ¿me escuchan?

Es un peligro este chico, le dice el médico a mi mamá. ¿Cómo pudo quedarse callado tanto tiempo? Ella lo mira, como diciendo: Yo estoy tan desconcertada como usted, doctor. ¿Me escuchan...? Tome, le dice el médico a mi mamá, y le da una receta.

Mamá me pasa la mano por la frente, por las mejillas... ¿Y Luisito?, le pregunto. Pero ella sigue sin escucharme. Me mira, lo mira al médico. Está volando de fiebre, dice.

EL DOCTOR hizo que las enfermeras me pusieran una venda en la cabeza. No hubo nada que hacerle y acá estoy, vendado, la espalda apoyada contra el respaldar de la cama, hojeando una revista.

Tía Magda dice que me queda bien el turbante. Que parezco un jeque árabe, dice, y se sonríe. Ella, en cambio, parece una niña, con su pelo largo, castaño, cayéndole sobre los hombros.

—Un jeque árabe, de verdad —insiste.

Cierro los ojos y me imagino, a mí mismo, cruzando el desierto arriba de un camello, con el turbante de mi tía Magda en la cabeza. El sol quema. La arena se abre lentamente, en pequeños círculos, a mi alrededor. El camello levanta y baja las pestañas, a un ritmo tranquilo, monótono, que le permite ver y dejar de ver, al mismo tiempo, el desierto infinito.

De pronto, se detiene. Le pregunto qué pasa. Pero el camello se queda inmóvil, sin decir nada, mirando.

Levanto los ojos y miro en su misma dirección, y ahí nomás me tropiezo con un chico alto, extremadamente alto que me mira, con sus alegres ojos azules, desde la ventana.

Aparto los ojos. Hago que leo la revista y al rato, como quien no quiere la cosa, vuelvo a mirar.

El chico levanta una de sus manos y me saluda. Debe estar soplando el viento afuera, porque su pelo se mueve un poco hacia los costados, y otro poco hacia atrás, de manera que puedo ver su frente despejada y sus ojos azules, en toda su dimensión.

—Hola —me dice.

Yo en realidad no lo escucho, así como está, del otro lado del vidrio. Pero leo sus labios, que se abren y cierran en cámara lenta.

Lo miro y me sonrío.

Él se lleva la mano hasta el pelo, lo tira hacia atrás y me guiña un ojo. Debe tener doce, trece años; no más que eso.

Ahora mueve los labios y me pregunta: ¿Qué estás haciendo en la cama, con esa venda en la cabeza?

No sé qué decirle. Me encojo de hombros. Pero después me acuerdo del accidente y le contesto: Me atropelló un auto y el médico, en la guardia, dijo que me vendaran la cabeza.

—¿Qué? No te escucho.

—Que me atropelló un auto ayer, y el médico...

—¡No te escucho! —repite, y se lleva una mano hasta la oreja, en forma de embudo, para que mi voz se cuele por ahí y no se pierda, como ocurre generalmente, por toda la inmensidad.

Al hacerlo, se ríe. Se está riendo de mí, me doy cuenta.

Vuelvo a poner los ojos en la revista.

—No te enojés, es un chiste; ponete bien. Mañana nos vemos.

Levanto los ojos, lo miro. Quiero preguntarle algo, cualquier cosa. Me acerco hasta la ventana, agarrándome de la venda, como si se me fuera a caer la cabeza...

Pero es inútil, ya se fue.

AHORA ESTÁ en la vereda, sentado sobre el tronco de un árbol; yo me hago el desentendido pero en realidad lo estoy mirando a él. Al otro día, lo mismo. Parece una sombra. Camino por la calle y él camina conmigo. Me paro y él se para. Cruzo las vías del tren, y él las cruza.

Al final, le pregunto:

—¿Algún problema?

Se ríe.

—No, ¿por?

—Como te veo en todas partes...

—Ah, eso.

Levanta del suelo la rama de un árbol y la hace cimbrar contra el viento, como si fuera una espada flamígera.

Vuelve a reírse.

—Qué raro —me dice.

—¿Raro?

—No sé, tu manera de hablar.

Lo miro, sin comprender.

—Esa palabra, *flamígera*...

—No entiendo.

—Nada, nada.

Cruzamos la calle.

Tiene las piernas muy largas, y a causa de eso, da unos pasos enormes, como de dos metros.

Trato de alcanzarlo; doy unos saltitos inclusive. La imagen debe ser tan ridícula que ni tiempo me da de reírme. En una de esas, él se da vuelta, me mira, aminora la marcha. Entonces le pregunto: ¿Nos conocemos?

Levanta los ojos; se queda pensando un rato.

—No; creo que no.

Suelta la rama y me ofrece la mano para saludarme. Antes, se refriega varias veces la palma contra el fundillo de su pantalón. El gesto me distrae, así que su mano queda colgando delante de mis ojos.

Apenas me doy cuenta, la estrecho, con una firmeza no tan firme, en comparación a la suya.

—Hola, me llamo...

—Os... Te llamás Os...

Lo miro. Me quedo mirándolo, sorprendido.

—¿Cómo sabés mi nombre?

—Ah, misterio...

La risa amplia, de oreja a oreja.

—Y vos, ¿cómo te llamás?

Levanta las cejas, se quita el pelo de los ojos.

Al final me dice: San...

Lo miro, como esperando algo más, otra cosa.

—Santiago —agrega.

Ahora soy yo el que se ríe.

—¿De qué te reís? —me pregunta.

—No sé, me da risa.

—Ah, qué bien...

—Quiero decir...

Trato de explicarle, pero él se ríe, se ríe...

Avergonzado, esquivo su mirada.

—Es un chiste, no te preocupes.

Entonces me doy cuenta. Lo que me da risa no son sus palabras sino su voz, afilada y un poco zaparrastrosa, como si se hubiera pasado la vida en la cárcel o en un reformatorio.

Es eso. Pero cuando voy a explicárselo, se detiene y me dice, cortante: Llegamos. Y señala la puerta de mi casa.

—¿Te vas?

—Me voy.

Me quedo callado.

—Pero nos vemos mañana... —dice.

Levanto la mirada y veo, en ese mismo momento, una avioneta cruzando el cielo. Despacio, como en cámara lenta. *Y pensar que está pasando a toda velocidad*, pienso.

Voy a decírselo.

Lo busco a San con la mirada, para decírselo, todo ese asunto de la avioneta... Pero ya es tarde. En su lugar, hay una nube de humo, que poco a poco comienza a disolverse.

Buenas noches, doña Sofía. Buenas noches, señor Gerardo. Señorita Raquel, buenas noches. Qué chico educado, dicen los vecinos, sentados en sus reposeras, mientras se apantallan el calor con una revista o un diario, en forma de abanico. Pero cuando llega al campito, es otra persona. Como si te hubieran comido la lengua los ratones, dice el Titi. El chico lo mira y no le contesta. Luego se quita los anteojos. Se echa, todo a lo largo, sobre el pasto. Se da vuelta. El Titi lo mira y afloja, muy lentamente, la hebilla de su cinturón. El chico escucha el ruido que hace la hebilla, y cierra los ojos.

CUANDO QUIERO estar solo, o cuando pienso que nadie me comprende, me subo al árbol que está en el fondo de mi casa.

Un eucaliptus no muy alto, de ramas largas y anchas, creciendo hacia los costados, sobre el patio de tierra.

La otra vez casi se prende fuego. Los vecinos vinieron volando; éramos como ochocientos, nosotros y todos los demás. Cada uno con su balde de agua yendo desde la bomba al árbol y del árbol a la bomba. Como no había nadie que nos organizara, los baldes no llegaban nunca o llegaban vacíos, o eran inmediatamente absorbidos por las llamas, como vasitos de agua en un desierto de arena.

“Pero esta gente también, mirá cómo viven”, le escuché decir a una señora, la voz gangosa, recién salida de la peluquería.

Me di vuelta, la miré. Así como estaba, todo transpirado, pensé que si se le caía una chispa, nada más que una chispa, en esa montaña de pelo artificial, se prendería fuego ella también. Y ahí mismo sentí una alegría extraña, como si no estuviera corriendo de un lado para el otro con un balde de agua sino con una caja de fósforos, y en vez de apagar el incendio, tuviera toda la intención de provocarlo.

Al escuchar esto, San se quita el pelo de los ojos y me pregunta: ¿Te reíste en medio de la desesperación?

—¿Está mal?

—No, ¡qué va a estar mal!

Y enseguida, alargando su mano, me dice: ¡Choque esos cinco!

Estiro la mano y hago chocar los cinco dedos, como él me pide. Luego lo miro a San, a los ojos. Le digo:

—En serio San, si nos hubieras visto... Parecía un sueño. Las llamas se iban tragando el agua como si fuera querosén. Pero al rato, no sé lo que pasó. Comenzaron a desinflarse, una por una, y cuando quisimos darnos cuenta, el fuego había desaparecido...

Dicho esto, nos quedamos callados.

Otro árbol —también de eucaliptus, aquí en el campito— comenza a mover levemente su copa, por encima de nosotros.

Después de un rato, San me dice:

—Os...

—Sí.

—No, nada. Dejalo ahí.

—Decime.

—Otro día.

Y luego, a medida que se abría sobre su cara pálida, luminosa, una sonrisa, agrega este comentario:

—Te imagino yendo de acá para allá, con un balde de plástico y un sombrerito... Porque

seguro que tenías un sombrero, ¿no?

—¿Un sombrero? No me acuerdo. Capaz que sí.

Se ríe.

—Os... —vuelve a decirme.

—Sí.

—Sos un genio... Sólo a vos se te puede ocurrir apagar el incendio con un balde de juguete, y de paso, carpetear a la vieja chismosa y largarle esa maldición.

Otra vez se sonríe. Mueve la cabeza de un lado para el otro como si no pudiera creerlo. Luego arranca un puñado de pasto, y de ese puñado, elige uno y se lo lleva a la boca.

Lo mastica, despacio. Luego se pone de pie y se sacude, con ambas manos, los fundillos del pantalón.

—¿Te vas? —le pregunto.

—Me voy —dice. Los labios y la lengua verdes, impregnados de clorofila.

—¿Venís mañana?

—¡Nos vemos mañana, campeón!

LLUEVE otra vez, a cántaros.

Acobachados en la cama, mis hermanos y yo miramos la tele. Mamá salió a comprar medio kilo de carne y no sé qué otras cosas. Paraguas en mano va y viene, de la carnicería al almacén.

Por la ventana se ve una cortina de agua yendo y viniendo también, golpeándose como una loca contra los árboles, los paraguas, los autos... En la tele, Moe se enoja con Curly y le hace un piquete de ojos. Mi hermano se para en la cama, agarra un almohadón y me lo tira por la cabeza. Yo busco uno de mis zapatos y se lo pongo directamente sobre la nariz, como si fuera un veneno mortífero.

Mi hermano lo entiende así y se defiende, con uñas y dientes. Sobre todo con dientes. No en vano le decimos Conejo: dos enormes paletones sobresalen de su boca y caen sobre el labio inferior, donde se junta un pequeño riacho de espuma.

Conejo, entonces, se quita el zapato de la cara y me clava sus enormes paletones en el brazo derecho. Yo salto del dolor, pero no puedo despegarme. Forcejeamos, rodamos sobre la cama de dos plazas, hasta que después de tanto ir y venir, seguimos de largo y nos caemos al suelo.

En el techo golpea la lluvia. Hace un ruido tan grande, que terminamos poniendo la tele a todo volumen, y aun así no escuchamos nada. Mi hermano grita: ¡A la carga! Y se sube a la cama marinera y desde allí se tira, los brazos en alto, como si la cama fuera una pileta de natación.

Se tira.

Un golpe seco. Crujen los alambres del elástico y se dobla, en el acto, una de las planchuelas.

No es que mi hermano sea muy pesado pero, evidentemente, golpeó en un punto donde el hierro tiene sus tendones más débiles... Estalla un relámpago y enseguida otro, y un trueno. Conejo se queda parado, sin poder moverse, mirando la cama doblada por la mitad.

Mi hermana tiene miedo y se tapa la cabeza con las frazadas. Moe le pega un coscorrón a Larry y cuando Larry quiere hacer lo mismo, el otro lo intercepta. *Pobre Larry y pobre Conejo y pobre mi mamá, pienso, que debe estar esquivando la lluvia y los charcos de agua...*

De solo pensarlo, se me llenan los ojos de lágrimas. *Si me viera papá, pienso.* No sé por qué, pero cada vez que ocurren estas cosas, él sale de las sombras, como un fantasma, y me sorprende con una patada voladora o un piquete de ojos. Pero qué hice, qué hice, le pregunto. No me contesta nada. Afloja la hebilla de su cinturón y empieza a deslizar el cinto de un lado para el otro, sin dejar de mirarme a los ojos.

Yo me tapo la cara con ambas manos, con los brazos, y escondo la cabeza. Papá se acerca. Es un momento extremadamente solemne. El cinturón, en su mano, parece un guante de boxeo. *Un guante de boxeador, sólo eso.* Luego, no pienso en nada más. Cierro los ojos, como si estuviera adentro de la tormenta, y no supiera adónde ir.

—TU PAPÁ es una bestia —me dice San—. Una bestia. ¿Por qué no se la agarra conmigo?

Las mejillas rojas. Los ojos exaltados y azules.

—A ver, dejame que te mire —dice, y me levanta, apenas un poco, la remera, y mira mi espalda—. ¿Te duele?

—No.

—¿Y por eso no fuiste a la escuela?

Vuelve a bajar la remera y a colocarla en su lugar.

Me encojo de hombros.

—No sé.

Se pone de pie. Camina unos pasos y se detiene. Abre las piernas, echa la cintura hacia adelante; con la mano derecha busca algo y cuando lo encuentra, deja salir un suspiro. Al mismo tiempo, el chorro de agua tibia y cristalina forma un arco luminoso que va desde su cuerpo hasta el tronco del árbol que está ahí nomás, a unos pocos metros.

Lo miro. De la tierra sale un humito. Más arriba, las nubes se desplazan tranquilamente por el horizonte.

San se da vuelta. Se sube el cierre del pantalón y regresa a mi lado. Apoya la espalda contra el tronco de un árbol y saca un paquete de cigarrillos.

—¿Querés uno?

—No.

Se lleva un cigarrillo a los labios. Busca el encendedor; no lo encuentra. De los bolsillos de su pantalón saca un pañuelo, una hojita de afeitarse envuelta en papel higiénico, unos billetes arrugados, unas monedas... Acá está, dice.

Acerca el fuego hasta sus labios.

Aspira el humo como si estuviera nervioso, apurado, y luego lo suelta con lentitud.

—Tenemos que hacer algo —dice.

Lo miro. Me quedo mirándolo.

—Con tu papá —agrega—. Tenemos que darle un escarmiento. ¿Qué estás mirando, cuatrochi?

—A vos.

—Mejor mirá menos y ponete a pensar en algo.

Aspira el humo y lo arroja, de una sola vez, con furia.

—Ese turro...

Se da vuelta, me mira.

—Pero vos no te asustés —me dice, y se ríe.

—No estoy asustado.

—Mejor —y enseguida agrega—: Cuatrochi...

Lo dice, y se le nota que no aguanta más de la risa. Es extraño, porque a mí me pasa lo mismo. No sé cómo explicarlo, pero cuando San me dice así, *Cuatrochi*, yo siento que en realidad me está diciendo otra cosa. Algo gracioso y al mismo tiempo serio, profundo. Algo que, de otra forma, se

quedaría guardado y no subiría nunca a la superficie.

Tiene nueve años. Llueve torrencialmente. Está en la cocina, frente a un jarro de matecocado, mirando la lluvia. No sabe quién es San, pero... si abriera la boca y se lo dijera... San entendería. Aunque la suya fuese una voz pequeña, insignificante, bajo el ruido ensordecedor de los truenos.

MI PRIMO RICARDO tiene la misma edad que yo, pero no es igual que yo. Papá lo sabe y cada vez que puede me lo recuerda, como diciendo: Por qué mi hijo no será así, como Ricardito. Y luego suspira o se queda mirando el cielo, buscando alguien, algo, que se lo explique.

A veces yo me pongo a pensar en estas cosas. Entonces me pregunto, ¿qué tiene mi primo Ricardo que yo no tenga?

Es una pregunta vacía, lo sé, ya que la respuesta está a la vista. Somos el agua y el aceite, la noche y el día, o como lo explica la señorita Isabel, en la escuela: Ricardito es un chico revoltoso y Osvaldo, en cambio, un chico tranquilo... Como si en esa tranquilidad, en esa bondad del corazón, se encontrara la causa de todas las diferencias y de todos mis males.

—Tu papá es un idiota —dice San—, y tu primo “Ricardito”, la próxima vez que te moleste, lo cagás a trompadas.

Dice esto y se queda mirándome a los ojos, para que comprenda la situación.

—¿Está claro? —me pregunta San, por las dudas.

Le digo que sí, con la cabeza.

San agarra una piedra del suelo y la tira contra los árboles. De entre las ramas, escapan dos o tres pájaros asustados. San se da vuelta, me dice: Yo te voy a enseñar a defenderte, Os.

Se levanta. Se acerca.

Encierra mis manos entre las suyas y forma, con cada una de ellas, una esfera redonda y perfecta. Luego se aleja unos pasos y me muestra sus palmas, como si fueran bolsas de boxeo.

Vuelve a mirarme a los ojos y ahora sí, me pide, insiste, para que lo golpee.

—Golpeá —me dice—, con toda tu fuerza.

Yo tomo envión y hago lo que San me pide, sin mucho convencimiento.

San se ríe.

—¿Esa es toda la fuerza que tenés?

Me mira con sus ojos chispeantes; pero enseguida vuelve a ponerse serio y a ofrecerme ambas palmas para que lo golpee.

Cierro los ojos, aprieto fuerte los puños y junto, ahí adentro, todo el odio que siento por mi primo Ricardo. Y lo golpeo.

San recibe los golpes, asombrado. Uno detrás del otro (y a veces, en simultáneo) pero enseguida se da cuenta de lo que está pasando en realidad y me dice, lleno de entusiasmo: ¡Muy bien, Os, más fuerte, más fuerte, así me gusta...!

Es curioso; pero con cada golpe se va produciendo una extraña transformación en mí. Los brazos, por ejemplo, se alargan, y por las venas empieza a correr un río, una especie de lava que sube, rápidamente, hasta mi cabeza y ahí nomás, enseguida, se desparrama por todo el cuerpo. Debo estar midiendo dos metros, dos metros y medio. Mi cabeza toca la punta de los árboles y mis puños, al golpear contra las manos abiertas de San, hacen que su cuerpo de gigante, inexplicablemente, se tambalee.

Unas hormigas que justo pasaban por ahí, nos miran, y encuentran tiempo para decirse, una a la otra:

—¿Pero ese no es Antejito y Antifaz?

—¡Si, es Antejito y Antifaz!

Se ríen.

—Parece que está aprendiendo boxeo...

—Las apariencias engañan.

Vuelven a reírse.

San las escucha y, sin dejar de prestarme sus manos para la práctica, las amonesta.

—¿Qué están cuchicheando, ustedes dos ahí? ¿Algún problema? Guarda con lo que dicen, que el Campeón no está de buen humor esta tarde.

Las hormigas agachan la cabeza y siguen su camino, una detrás de la otra, sin decir nada más.

San me mira y me guiña un ojo. Yo sigo golpeando, golpeando...

¡Ey ya está, ya está!, me dice San. Pero yo no lo escucho, no lo escucho y golpeo sin ver a nadie, como si la lava se hubiera metido adentro de mis ojos y me hubiera dejado ciego, así, repentinamente.

San me agarra los puños con ambas manos.

—Ya está bien, está bien... —me dice, y después me abraza.

Yo sigo golpeando todavía un poco más, hasta que el río de lava, poco a poco, se enfría.

—Estuviste muy bien, Os. La próxima, te traigo una toalla. Estás empapado...

Lo miro, contento. Aunque sé que me falta todavía, yo creo que estoy listo para la pelea.

San se ríe; me acaricia el pelo... No sé, es un presentimiento.

LLUEVE.

Otro día que faltamos a la escuela; los tres en la cama y la tele encendida. Mamá, apoyada contra la ventana de la cocina, mira la lluvia. Sobre sus ojos, cada tanto, relampaguea el cielo y se le ilumina la cara; después, se oscurece.

En eso, entra mi tía Magdalena con un paraguas y una botella de aceite y un paquete de harina. Mamá deja de mirar la lluvia, la mira a mi tía y se sonríe. Agarra la mercadería y la coloca sobre la mesa.

—Hacele algo a los chicos, que les llene la panza —dice mi tía Magdalena, con esa voz gorda y bondadosa que tiene.

Mamá le da las gracias y le alcanza un mate. Tía Magda, con el mate en la mano, se asoma a la pieza y nos dice con cara seria qué haraganes, y enseguida viene hasta la cama y nos da un beso a cada uno en la mejilla. Mamá le dice que mañana, llueva o truene, no faltamos a la escuela, y tía Magda dice que le parece bien.

Cuando se va, mamá se pone manos a la obra. Hace una rosca de harina sobre la mesa de la cocina. Pone un pedacito de grasa a derretir sobre la sartén y una pava de agua sobre el calentador. Echa un puñado de sal en el centro, la grasa derretida, el agua tibia, y comienza amasar mientras mira la lluvia.

En la tele, están dando el Oso Yogi y ahora, el León Melquíades. Estalla un trueno. Mi hermana esconde la cabeza bajo las frazadas. Yo pienso: *El Oso Yogi es la persona más buena del mundo, como tía Magda, y como mi amigo San. Y como me gustaría ser a mí, si no fuera porque mi papá se enoja tanto con estas cosas.*

Mamá se asoma a la puerta de la pieza y nos mira. A veces nos dice algo y a veces no dice nada. Ahora entra con un plato de tortafritas. Grandes, redondas, espolvoreadas con azúcar. Nosotros saltamos en la cama, para alcanzarlas, como monitos.

Mi mamá levanta el plato. Esperen un poco, dice, que están calientes.

Afuera llueve y llueve, sin cesar. El león Melquíades le explica algo a Bubú. Algo muy rebuscado, como siempre, con sus buenos modales, y su corbatín, y su graciosa voz de poeta.

Mi hermano se adelanta y le roba una tortafrita a mi mamá. Mi mamá quiere impedirlo, pero se descuida, y mi hermana y yo aprovechamos el revuelo para quedarnos con una tortafrita, también.

Muerdo la masa suave, caliente, y se me queda pegado el azúcar en los labios. Otro mordisco, y más calor, más azúcar. Mamá se ríe. Dice: Estos chicos. Y después: Ahora vengo. Y agarra el paraguas que está detrás de la puerta y sale como una loca bajo la lluvia, con una fuente de tortafritas cubierta por un repasador.

Delante de cada casilla golpea la puerta, y al verla, se arma un alboroto. Mis primos y mis primas saltan a su alrededor. Mi tía Pirucha dice: No sean muertos de hambre. Mi tía Rosa agarra el plato y le dice a mi mamá: No te hubieras molestado. Mi mamá dice: Ninguna molestia, y se sonríe, pero no se queda a charlar.

Va y viene con el paraguas bajo la lluvia. Cuando la veo por la ventana, me doy cuenta que mi mamá no es mi mamá. O es mi mamá, pero además es otra persona. Como una princesa o una

reina. La mismísima “Reina de las tortafritas” entrando y saliendo de las casillas. Contenta, con un paraguas de colores, medio roto, bajo la lluvia...

El chico mira el techo de su casa, sobre el que golpea la lluvia, y piensa: “Si ahora mismo él viniera y tirara una piedrita en el techo, con esta lluvia no podría escucharlo...” En el bolsillo de su pantalón, resplandecen las monedas de 10 y de 25 centavos que el hermano de Luisito le dio la otra noche. Quiso tirarlas, pero no pudo. Mañana sin falta —se dice a sí mismo— me compro cualquier cosa en el kiosco. Cualquier cosa. Y cierra los ojos, y escucha el ruido que hace la lluvia sobre las chapas de la pieza y de la cocina.

—ME GUSTARÍA conocer a tu mamá, alguna vez —dice San.

—Ahora si querés...

—Ahora no, que estoy apoliyando.

Me doy vuelta, lo miro y es verdad: tiene los ojos cerrados y, como para no dejar ninguna duda, comienza a roncar, como un tronco. Un silbido tenue, mezclado con los dientes de un serrucho, atravesando la madera.

En el campito, no se escucha el aleteo de un solo insecto a nuestro alrededor, así que el ronquido de mi amigo es el único canto que estremece los árboles, al atardecer.

Tampoco hay viento. El cielo brilla en lo alto, detenido.

Para fastidiarlo, agarro una ramita del suelo y se la paso por la frente, por la nariz, por las mejillas.

San levanta una de sus manos, dormido, y se quita el picor. Al rato, vuelvo a la carga... Y nada. San aguanta las cosquillas sin molestarse. Hasta que de pronto, sale de su sueño y larga un rugido espantoso, y me muestra los dientes.

Quedo petrificado.

San se ríe.

—Eso te pasa por molestarme, cuatrochi —dice—. Nunca me molestes cuando estoy durmiendo... ¡Me pone furioso!

Se ríe otra vez. Qué extraño, dice “furioso” y a mí se me ocurre que está diciendo otra cosa, completamente distinta.

Cuando se lo digo, me observa de costado, fingiendo no comprenderme, o no comprendiendo en realidad.

Al final, me dice:

—Sos un versero, vos...

—En serio... Eso sí, lástima que seas tan fanfarrón.

—Sos el único que me llama fanfarrón.

—¿El único?

—El único.

Me quedo pensando, y le pregunto: ¿Y tu familia? ¿Te diste cuenta que no conozco a nadie? Siempre estás solo.

—Es una historia muy larga. Algún día, quizás, te la cuente.

Se hace un silencio largo entre nosotros. Las hojas de los árboles siguen inmóviles. El cielo, también. Azul arriba y verde abajo. Un verde radiante, casi amarillo, sólo atenuado por la franja de sombra que baja desde los árboles hasta nosotros, como una sombrilla.

De pronto, pasa un avión por el cielo. Una avioneta, así que provecho para preguntarle.

—¿No serás un extraterrestre, no?

—¿Qué?

Se ríe, abiertamente.

—No te rías. Lo digo en serio.

—Perdoname, pero es muy gracioso.

Lo miro reírse, y me doy cuenta de que tiene razón. Quiero decirle eso, que tiene razón, pero empiezo a reírme yo también. Una risa estúpida, que avanza, avanza, hasta convertirse en una ola gigantesca.

Lo miro a San, para que se detenga. Pero la risa no se detiene.

San me mira a los ojos, desesperado, y me pide que pare. Pará, pará, me dice. Al mismo tiempo yo lo miro a él, los ojos cubiertos por una cortina de agua, y en lugar de detenerme, me río más.

Parece una maldición. La risa hace que nuestros cuerpos se partan a la mitad y caigan, de rodillas, contra el suelo. Desde ahí la risa crece, crece, se apodera del estómago y se propaga por todo el cuerpo, hasta las mandíbulas.

Pará, pará, me dice San, agarrándose la bragueta, como si estuviera por hacerse pis encima.

No puedo, le contesto. Y es la verdad, no puedo. No puedo hacer nada. Así que me entrego a esa felicidad, a ese dolor, de reírme.

Al rato, nos calmamos.

De a poco.

Con miedo a que la risa se despierte otra vez, los ojos brillosos, le digo a San:

—Igual... no importa.

San me mira, los ojos azules, también brillosos, sin comprenderme.

—Que no me importa si sos o no sos un marciano —le digo.

Se queda mirándome. Luego entrecierra los ojos.

Dice:

—A mí tampoco me importa, Os...

Ahora soy yo el que no entiende.

—Que seas un marciano, cuatrochi —agrega. Y ahí nomás, otra vez, se ríe. ¡Dios mío, vuelve a reírse!

Busco una piedra, algo, para tirársela por la cabeza. Pero su risa es tan contagiosa que volvemos a empezar otra vez. Él de un lado y yo del otro. Y así toda la tarde y toda la noche, hasta el infinito.

Es el Titi. Es el hermano de Luisito, su mejor amigo. Le dice: No se lo cuentes a nadie, es un secreto. Y luego: Tomá. Y saca unas monedas del bolsillo de su pantalón y se las entrega. El chico recibe las monedas sobre la palma de su mano. Una de veinticinco y otra de diez. Hay luna llena. No sabe si las monedas brillan por el fulgor de la luna o si tienen, por el contrario, luz propia. Es un secreto, vuelve a decirle el Titi, e inmediatamente, con la boca pegada a su oído: Es un secreto entre nosotros dos.

PAPÁ SE DESPIERTA temprano. Viene hasta mi cama, donde todavía estoy dormido, y me dice: Vamos dormilón, a levantarse. No parece la voz de mi papá, sino la de otro hombre, más bueno.

Como creo que es un sueño, acomodo otra vez la mejilla sobre la almohada y me vuelvo a dormir. La voz insiste. Vamos, dice, y levanta la frazada, y me tira de los pies hacia afuera.

Al hacerlo, se ríe. Yo lo miro como si no lo conociera; *pero es él*. Es mi papá, estoy seguro.

Me froto los ojos y vuelvo a mirarlo.

Sí; es mi papá, con su camisa a cuadros, la cara recién lavada y un cigarrillo en la mano. Entonces pienso: *A lo mejor Dios, durante la noche, le cambió el corazón que tenía y le puso otro... O es un robot, idéntico a mi papá, que alguien dejó en mi casa para que yo, al despertarme, tuviera un padre diferente; el mismo, pero diferente. El otro debe estar siendo analizado por los científicos en un laboratorio que estudia a personas como mi papá. Echado sobre una camilla y lleno de cables y de electrodos, mi papá verdadero debe estar aportando alguna clase de conocimiento a la ciencia médica.*

Me levanto de la cama. Me pongo el pantalón corto y las zapatillas. Mamá ya echó un poco de agua en la palangana y ahí me lavo, como todas las mañanas, primero la cara y después los dientes.

Mamá me observa con atención. Cuando termino, me alcanza una toalla.

Papá sale de la cocina, estira los brazos y mira la mañana resplandeciente. Luego me mira a mí y me dice: Vamos, hoy te voy a llevar conmigo, en el carro, a ver si hacemos unos pesos.

La mira a mi mamá y le guiña un ojo.

Yo me sonrío. Pienso en Tornado, que es el caballo de mi papá, y me pongo contento.

Miro hacia el fondo. Lo miro a mi papá. Le pregunto: ¿Puedo?

—Después de tomar la leche.

Miro hacia el fondo otra vez, y agacho la cabeza.

—Bueno —me dice mi papá—, pero vas y venís. Después preparamos el carro juntos.

Gracias señor, le digo al muchacho que está reemplazando a mi papá, y me voy corriendo para el fondo, a verlo a Tornado.

Mi papá se ríe.

Mi mamá entra a la cocina y vuelve a cargar con agua el jarrito del mate. Cuando llego, Tornado levanta la cabeza y me mira con esos ojos grandes, parecidos a las piedras negras y brillantes que, cada tanto, los mineros encuentran en el fondo de la montaña.

Yo me acerco y le acaricio la cabeza, las orejas, el hocico, las crines... Él enseguida me busca la cara y me pasa la lengua.

No, Tornado, le digo. Ahora no. Y oculto la cara de sus empujones, pero al final lo consigo.

Mi tía Magdalena, que está asomada a la ventana, me dice:

—Ese caballo te adora.

Yo la miro a mi tía y le digo con los ojos que sí, mientras trato de apartar la cara de las expresiones de cariño que Tornado desparrama cada vez que me ve. En eso, escucho el grito de mi

papá. Dice mi nombre, así que dejo a Tornado y vuelvo hasta la cocina.

Empujo la cortina, me asomo. Adentro está oscuro. Mi mamá dice: No te hagas el tonto. Mi papá me pega un coscorrón, pero a mí no me duele, porque siento lo mismo que con los lengüetazos de Tornado.

Sobre la mesa, el jarro de matecocado con leche y unas rodajas de pan con manteca. Mi mamá las espolvoreó con azúcar y esta vez, mi papá, no se molestó... (Algo raro, muy raro, está pasando, aunque no puedo saber qué es).

Me siento a la mesa y tomo la leche, con una cuchara. Muerdo un pedazo de pan. Los labios impregnados de azúcar. El hombre que está en reemplazo de mi papá me mira y fuma de su cigarrillo.

Ojalá que los científicos lo curen a mi papá verdadero. Pero por ahora, este papá de mentira me cae bien. Los tres, en la cocina, nos parecemos a una fotografía que hay en mi libro de lectura, donde se puede ver a una familia como la nuestra, en un momento de felicidad... Aunque uno de nosotros sea un robot lejano y desconocido.

LA FÁBRICA abandonada. Noche de verano.

San lee un libro, chiquito. Lo tenía metido en el bolsillo del pantalón. Cuando le pregunto de qué se trata me dice: Cosas mías.

La luna se encuentra, a esta hora, en lo más alto del cielo. La miro con atención. En un rato llegará el cohete y apoyará sus patas ahí. Todas las teles del mundo están encendidas, pero yo prefiero venir a la terraza de la fábrica abandonada, y ver el alunizaje con San.

Me sacó los anteojos y los ubico a cierta distancia. Ahora sí, enfoco bien. Lentamente van apareciendo los cráteres de la luna, van apareciendo los meteoritos, y un poco más allá, algún que otro cometa y las estrellas fugaces.

San levanta la cabeza del libro, me mira y se sonríe.

—Y... ¿Se ve algo? —pregunta.

—Se ve, se ve... Es una noche despejada, sin nubes. Se pueden ver los meteoritos...

—A ver —dice San, y me saca los lentes.

Los ojos se le iluminan.

—Tenés razón, Os...

Entonces me acerco a la cara de San y miro con él. Miro el cauce de un río, sin agua, y una montaña —dos montañas en realidad, parecidas al lomo de un camello—, y otro río y algunos cráteres y ahí nomás, en medio de la noche, ¿lo estás viendo San?, la sombra plateada del cohete y sus tres pasajeros.

—...Si, lo veo, lo estoy viendo, Os.

—¿No es increíble?

—Increíble.

Por una de las escotillas, asoma la cabeza de un hombre con su escafandra; debe ser Neil Armstrong, estoy seguro. Mira la superficie de la luna, de un lado para el otro, sin poder creerlo, como nosotros, y luego dice en voz baja, para sí mismo: *No puedo creerlo, estoy en la luna*. Y apenas termina de decirlo, se le llenan los ojos de lágrimas. Y luego: *Soy un idiota*, e intenta secarlas pero no puede, su mano choca contra el vidrio de la escafandra y vuelve a decir lo mismo, que es un idiota.

Soy un idiota, dice; luego se ríe.

Luego se da vuelta y levanta su mano para saludarnos.

A nosotros, a San y a mí.

—Hola —nos dice, como si nada, Neil Armstrong.

—Hola —le decimos. Le dice San en realidad. Yo no puedo pronunciar una sola palabra, mudo como una piedra.

Neil se sonríe, baja por la escalerita, atado, como un globo, para no soltarse y salir volando por la estratósfera. Un paso largo y luego otro, en cámara lenta, hasta que de pronto salta de la escalerita y pisa, de una sola vez y para siempre, el suelo de la luna.

—¿Lo estás viendo, Os?

—Lo veo, lo estoy viendo, San. Da saltos como de ochocientos metros y, al rato, vuelve a pisar la luna otra vez.

—Increíble —repite San.

—Lo que pasa, es que en la luna no hay gravedad, por eso flota como una burbuja de jabón.

—Ya lo sé, cerebritito.

Me abraza. Me dice: Mirá, Os, mirá.

Yo miro: Neil Arsntrong vuelve a dar unos pasos, mira hacia las cámaras de televisión y saluda al público que lo observa desde la Tierra. Se queda así, un segundo; luego se da vuelta y nos mira a nosotros.

Nos mira. Nos saluda.

—Es un genio, ese tipo —dice San.

—Esperá. Creo que nos está diciendo algo...

—¿Cómo sabés?

—No sé, pero lo escucho.

—¿Qué dice?

—A ver, esperá. Ahora sí. Dice: “Amigos, la luna, de verdad, es hermosa... Yo creía que solamente las cosas lejanas se veían así... Pero no. Tocar la luna es lo más lindo que hay... Lo más lindo de toda la vida, de toda la Tierra...”

Se escucha un ruido de fritura. Se hace un silencio. Luego, vuelve a mover los labios y su voz inaudible me dice, sigue diciéndome, a través de toda la galaxia:

Son las cuatro y me he levantado

ya nueve veces

sólo para contemplar la luna.

Lo dice una sola vez, y no nueve, pero yo siento que las palabras rebotan en todo el universo y vuelven y se quedan, como una cajita de música, resonando adentro de mi cabeza.

Neil se da cuenta de lo que está pasando, y me aclara:

—Es un poema japonés, Os. De Basho... Tenés que leerlo.

San me pregunta.

—¿Y...?

Lo miro, todavía perplejo; luego le repito el poema de Basho, a San, palabra por palabra.

San me escucha. Los ojos inmensos y azules; la boca entreabierta. Cuando termino me dice: Dale las gracias, Os.

—¿Y si no me escucha?

—Dáselas igual.

Entonces lo miro a Neil, me concentro todo lo que puedo, y le doy las gracias.

—Gracias a ustedes —me contesta el primer hombre que pisó la luna, en un perfecto castellano, sin la menor interferencia y a gran velocidad, como si estuviéramos hablando por teléfono—. Y sobre todo, gracias a San —agrega—. Decile que es un gran chico. Decíselo, Os.

Luego deja de mirarnos y vuelve a posar para las millones y millones de personas que, ahora mismo, lo están mirando a través de sus televisores.

Aparto la vista de mi telescopio y lo miro a San. Los ojos azules, llenos de lágrimas. Me dice: Es un genio ese tipo... ¿No es cierto, Os?

PAPÁ (O EL HOMBRE que dice ser mi papá) lleva a Tornado hasta el carro y le pone las riendas. Tornado se defiende un poco, por costumbre, pero al final se queda quieto y papá lo acaricia. El sol está empezando a subir por detrás de los árboles. Papá, siempre con el cigarrillo entre los labios, prueba la balanza de mano con los balancines. Cuenta las bolsas de arpillera. Me dice: Creo que no falta nada, que ya estamos listos. Luego me mira con sus ojos finitos, de japonés, y me dice que suba.

Yo subo al carro y me siento a su lado. Papá le chista a Tornado y hace un movimiento, un ligero tirón, con las riendas, así Tornado sabe para dónde ir. Al rato, ya estamos en la calle. Tornado va al trotecito, sin ningún apuro. Papá sostiene las riendas con una mano y con la otra fuma o saluda a la gente.

—¿Qué hacés, atorrante, hoy no laburás? —le dice al panadero, que está leyendo una revista en la vereda.

El panadero es un viejo pelado, y apenas lo ve a mi papá se sonríe. Le dice algo. Algo sobre mí.

—¿Es tu pibe? —le pregunta.

Papá le dice que sí. Me mira, y luego levanta la cabeza, orgulloso.

—¿Te gusta el carro? —me pregunta.

—Sí, pa. Me gusta.

—Me alegre.

Entonces pienso: *Ninguna duda; el hombre que maneja el carro, no es mi papá.*

No importa; poco a poco nos vamos alejando del barrio, de las calles conocidas, y entramos por lugares que nunca vi.

Pasan los autos a toda velocidad. Los negocios están llenos de carteles y hay bares y mesas en la vereda. La gente fuma, conversa con sus amigos, lee el diario. A papá se le iluminan los ojos.

De golpe, le chista a Tornado, porque se ha puesto un poco nervioso con el tráfico. Ajusta las riendas y empieza a entonar ese cantito que se sabe de memoria, con una voz alargada, distinta, que debe escucharse a no sé cuántos kilómetros de distancia.

¡Boooo-tellerooooo!, dice, alargando la “o” del comienzo y la “o” del final. ¡Compro diarios, hierro, botellas, cartones... Algo para vender, bo-telleroooo...! Dice mi papá. Y otra vez la “o” que se alarga, da como una vuelta en el aire, y entra en los oídos de las personas, que se dan vuelta para mirarlo.

Por las ventanas, cada tanto, se asoma una señora y le pide que se detenga. Papá le chista a Tornado y el carro se detiene. Tira el cigarrillo que está fumando, a un costado, y cuando se acerca a la señora, se quita la gorra y le pregunta, muy amablemente, en qué puede servirle.

Pero lo más asombroso de todo no es eso, sino su sonrisa. Se parece a la de un muchacho alegre y despreocupado que en lugar de estar trabajando, estuviera paseando, en shorcito, por una playa.

—A las mujeres les gusta eso —dice mi papá.

—¿Qué cosa?

—Que se las trate así, con cariño... Y si a eso le agregás un poco de chamuyo y una linda sonrisa, te las metés en el bolsillo, no falla nunca.

La señora nos hace pasar a un patio que está en el fondo, y nos muestra un montón de basura —que para mí es basura; para mi papá, en cambio, es una montaña de oro en plena transformación —.

Se acerca. Mira la pila de desperdicios y enseguida, con el ojo del que entiende, separa lo que sirve de lo que no. Luego lo carga sobre su balanza de mano. Lo pesa y le dice a la señora: Por esto, no puedo darle más que tantos pesos.

Lo dice, con una voz segura, aunque un poco afligida, y le larga una cifra insignificante.

La señora primero lo escucha con cierta desaprobación, pero después se olvida de todo y piensa: Que suerte que me tocó este muchacho tan simpático, que se ve que es buen padre, por cómo lo trata a su hijo.

Entonces me da un beso en la mejilla y me trae un vaso grande, repleto de Coca Cola, y otro vaso para mi papá.

Mi papá bebe de su vaso, y mientras lo hace, me guiña un ojo.

La señora recibe sus monedas y enseguida, otra vez, ya estamos en la calle, arriba del carro. El sol alto, cayendo a pique. Las crines de Tornado, casi azules, por el efecto de la luz que baja desde el cielo.

Cerca del mediodía, el carro está más pesado, por las botellas y cartones y fierros que fuimos juntando y que forman una enorme montaña en la parte de atrás.

Mientras volvemos, papá me dice, como si tal cosa:

—¿Te animás?

Lo miro, no digo nada.

Vuelve a decirme: Dale, es fácil. Tomá... Y me entrega las riendas.

Tornado, que se da cuenta de toda la situación, aminora la marcha. Es raro pero, por momentos, tengo la sensación de que es Tornado el que maneja las riendas, y no yo, como piensa mi papá.

Hacemos una cuadra, dos cuadras. Doblamos hacia la derecha. Papá me mira y se sonríe. Silba una canción. Tornado se ríe también. Papá saca otro cigarrillo, lo enciende y se pone a fumar. El viento me da en la cara. Hacemos otra cuadra y papá me dice que afloje un poco las riendas y que doble. Tornado se sacude las crines azules; dobla en la esquina.

Alegre, como un niño.

Anoche se hizo el dormido, el muerto. El Titi comenzó a zamarrearlo, preocupado. Primero despacio y enseguida con desesperación. El chico al comienzo fingía, pero después se dio cuenta de que estaba muerto de verdad. Veía las cosas, los árboles, al muchacho mismo, desde muy lejos. Como si estuviera flotando en el cielo, por encima de las casas, los árboles, los automóviles... “Estoy muerto”, se dijo.

SAN SE QUITA la remera; la enrosca en su cabeza y así, como un árabe, avanza conmigo a través de las calles, hasta que llegamos al río. En el agua hay un grupo de chicos que nosotros no conocemos, y un poco más allá, una señora y una chica más joven, con mantelito sobre el pasto y una sombrilla abierta, protegiéndolas del sol.

La chica lee un libro y la señora se lleva un *scons* a la boca y mira el río, como perdida.

San me dice: Vamos para aquel lado, donde no hay nadie. Antes, mira a la chica y la chica lo mira a él, los ojos oscuros, detenidos. San no sabe qué hacer. Por un segundo, le viene la duda de seguir caminando o quedarse así como está, mirando a la chica.

Yo prefiero mirar el río, como la señora. Sin nostalgia, sin explicación.

—Ey poeta —me interrumpe San—. ¿Todo bien?

—Todo bien, San.

—Vamos para allá —dice, y señala un lugar impreciso, al que yo lo acompaño sin hacer preguntas.

Mira otra vez a la chica, pero ella está enfrascada en su libro y no vuelve a mirarlo. San se encoge de hombros. Me dice: Vamos, y vuelve a sonreír. No se trata de una exageración mía. San es así: pasa un mosquito y él se sonríe. Todo le causa risa, como si el mundo entero fuese una pluma haciéndole cosquillas bajo la planta de los pies.

Ahora, por ejemplo, se cuelga de una rama y se balancea, de un extremo al otro, igual que Tarzán. El torso blanco, lleno de pecas. Cuando pasa a mi lado, se sonríe y me guiña un ojo. Luego da el grito tan esperado, inconfundible, que hace que todos los animales de la selva se den vuelta para mirarlo.

Yo me quedo mirándolo, también, como si estuviera adentro de una película. La chica levanta la mirada del libro y se acuerda del muchacho corpulento, que la estuvo mirando hace un rato, y no sabe qué hacer. La señora, lo mismo. Qué es ese grito, se pregunta.

Los chicos dejan de jugar en el agua.

El agua se aquieta. No se escucha el zumbido de una mosca, el batir de un élitro. Nada. Sólo el grito de San, la risa de San, el ir y venir de las lianas... Hasta que de pronto ¡Zácate!, la última de las lianas se corta y San aterriza, de lleno, sobre el colchón de hojas que se han ido juntando, alrededor de los árboles, como un amortiguador.

Cae, y se hace una nube de polvo y pasto. Un trueno. Luego, todas las cosas vuelven a su lugar: la chica al libro; la señora a sus *scons*; los chicos, al agua.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Mejor que nunca, Os. ¡Este lugar es increíble! —dice, y se ríe, mientras se sacude los fundillos del pantalón—. Choque esos cinco.

Le doy mi mano para chocharla y ahí mismo, imprevistamente, la toma y me empuja contra él. Me encierra entre sus brazos. Forcejeo, trato de separarme, pero no puedo y nos caemos al suelo.

Colorado como un tomate, me quito los anteojos. San se ríe. Dice: ¡Ahora sí, ya te tengo, cuatrochi!

Yo le aplico un par de tijeras y dos golpes de judo, perfectos. San me devuelve una patada

voladora, que yo esquivo enseguida. Le doy una piña, él la ataja. Epa, epa... Sabía pelear la nenita...

En las ramas, una pandilla de gorriones se acomoda, en primera fila, para mirar la pelea. Algunos alientan a San, pero otros, los más pequeños, toman partido por mí.

Yo lo agarro de un brazo y se lo tuerzo. San trata de separarse pero el mío no es cualquier golpe; todo lo contrario. Al verme, los árboles se estremecen y dicen “OHHH”, con sus copas azules.

Yo lo tengo atrapado a San, contra el suelo.

San comprende perfectamente la gravedad de la situación y me dice que está bien, que se rinde.

—¿Qué dijiste? No te escucho.

—Que me rindo..., Me rindo... —dice.

De una rama a la otra, los pájaros se miran y se dicen: ¿Vieron? Es increíble...

—¡Es increíble! —repite San.

Está acostado sobre la tierra, en un lugar donde el pasto ralea, boca abajo. No habla, no respira. Escucha el ruido que hacen las rodillas de Titi al agacharse. Escucha el viento. Piensa: “Todo esto es un sueño. En realidad, yo no estoy aquí...” El otro se acerca. “Es como un sueño, un sueño”, se dice.

APARECE de la nada y enseguida cruza la calle, sin mirar hacia los costados. Se balancea al caminar, como los vaqueros en las películas. Cuando llega a la vereda, se detiene.

La luz de mercurio está apagada y su cuerpo, por un instante, queda en completa oscuridad. Mira el techo de la fábrica abandonada, y un poco más abajo, las ventanas rotas. Cinco ventanas y una escalera de emergencia, al costado. Se ajusta el pantalón y se acerca hasta la escalera; la toma con ambas manos y empieza a subir.

La luz de la luna deja ver su rostro pálido y salpicado por infinitesimales gotitas de sudor.

De pronto, cierra los ojos; deja un pie suspendido en el aire. Es un segundo nada más, como si estuviera mareado y fuera a caerse. Pero enseguida se recupera y sigue subiendo.

Payaso, pienso. Otra de sus bromas, y me río.

Cerca del último escalón, al verme, abre los ojos bien grandes, como diciendo “¡Qué sorpresa!” Luego estira la mano para que lo ayude a subir.

Estás gordo, le digo.

—La buena vida.

Se ríe.

Me abraza.

—¿Cómo estás, *amigou*?

Es alto y fuerte, y hasta un poco panzón, mi amigo San.

—Bien, San.

—Me alegre —dice, y se pone a mirar el cielo, conmigo, desde la terraza.

No se escucha nada. Ni música ni gente en la calle, ni televisores... Sólo un viento caliente que sopla, y mueve las hojas de los árboles, como anunciando lluvia.

San se lleva un dedo hasta la boca, lo moja y luego lo pone, como un termómetro, a cierta distancia, y lo observa con atención. Al rato dice: Tranquilo, esta noche no llueve.

Me pasa el brazo por el hombro y, como si se acordara de algo, dice: Momento, tengo una sorpresa para vos. Y antes de que pudiese preguntarle nada, saca de entre sus ropas una hermosísima, reluciente, botella de Coca Cola...

Abro los ojos: la miro.

La botella de Coca Cola brilla, entre sus manos, como si estuviera envuelta en papel celofán.

San me mira a los ojos y luego sube la botella, unos centímetros, por encima de su cabeza. Yo me acomodo los anteojos. San me dice: Mirala bien, cuatrochi, que la traje del cielo...

Se lleva el pico de la botella hasta la boca y, de un solo tirón, la destapa. De adentro, sale un vapor luminoso. El vapor sube por su rostro y el cielo se cubre de burbujas azules.

San me mira. Me pasa la botella. Los labios escarchados, fosforescentes.

CUANDO ABRO la puerta de la cocina, mamá está llorando. Es un llanto inaudible; si uno no la conociera, jamás lo notaría.

Tía Magda le acerca un vaso de agua; se lo lleva hasta donde tiene la mano y se lo hace tocar, para que se dé cuenta. Mamá abre los ojos y mira el vaso, como si no hubiera visto un vaso en toda su vida. Quiere agarrarlo, pero le tiembla la mano. Tía Magda lo acerca hasta los labios de mi mamá y se lo hace tomar de a traguitos. Funciona. Un sorbo y un suspiro. Otro sorbo, y otro suspiro, y al rato parece más tranquila.

Tía Magda le dice que no está sola. Que piense en sus hijos. Mamá parece que escucha, pero en realidad no escucha nada. Es raro, pero cada lágrima suya es como si brotara, no de sus ojos sino de mi propio interior. Por más que quiera, no puedo evitarlo. No logro separar las cosas y pensar que el llanto de ella, es de ella, y el mío, es mío y de nadie más.

Mientras tanto, de mis ojos no sale nada. Ni una sola gota de agua, nada. Como un pozo vacío, abandonado. Alguien se asoma y deja caer la roldana hasta el fondo, pero el balde choca contra la arena reseca. Dice: Nada, completamente vacío, y se retira.

El Titi lo mira, mira al niño. Luego otea el horizonte. A lo lejos se oye el motor de un auto y enseguida, otra vez, el silencio. El Titi se agacha. Le dice al niño que todo está bien, así. Todo está bien, le dice. El niño cierra los ojos; el Titi se aparta, un poco. Afloja, con una sola mano, la hebilla de su cinturón. El niño lo escucha. El ruido, sobre todo, que hace la hebilla, y deja de respirar. El Titi se acerca. Lo toca. Primero el cuello y luego la espalda. El niño recibe las caricias pero enseguida se escapa, se sale de su cuerpo, cruza las nubes, las constelaciones... El Titi se acerca. Lo toca, ni cuenta se da.

LO MIRO a mi papá. Compruebo si al tomar las riendas de su caballo puede doblar el dedo meñique o no. Es una prueba de fuego, de ella se desprenderá si mi papá es o no es un extraterrestre. Como David Vincet, soy el único que sospecha de su verdadera identidad.

Él no lo sabe, y sigue haciendo sus cosas, como si nada.

Ahora se sube al carro y lo limpia con una escoba. La tierra se levanta y forma una nube alrededor de su cuerpo, que aparece y desaparece. Yo no le quito la vista de encima.

El barre y canta una canción en inglés. La tierra del carro sube hasta su cara, y al adherirse, forma una máscara de barro, muy graciosa, que sólo me deja ver sus ojos chispeantes y japoneses.

Al principio, no se da cuenta de que yo estoy ahí, mirándolo. Pero al rato deja de hacer sus cosas y se queda observándome, él también, con sus ojos finitos. Luego, levanta la mano y me saluda, a la manera de los indios: Kemosabe, dice

Yo lo escucho, sin decir nada.

—Kemosabe —dice otra vez, y se ríe.

Yo también me río, y pienso: *Entonces, si él es Kemosabe, yo soy “El llanero solitario”...*

Lo pienso, e inmediatamente me olvido de todo ese asunto del dedo meñique y me subo al carro, con él. Cuando quiero darme cuenta, ya estamos en el desierto.

Las ruedas del carrito se entierran en la arena amarilla. Tornado empuja, y al rato las libera. El sol arde en lo alto. Cada tanto, mi papá saca una cantimplora y me ofrece un poco de agua recién sacada de la bomba. Le chista a Tornado, como para acariciarlo nomás, pero cuando Tornado da vuelta la cabeza para mirarnos, ya no es un caballo, sino un camello.

Tornado, le digo. Tornado, ¿sos vos?

El camello me mira, con sus grandes ojos oscuros, y me dice: No te preocupes que soy yo...

—Está bien, no me preocupo—. Y apenas termino de decirlo, alcanzo a divisar, a lo lejos, el primer espejismo.

Adentro, está mi amigo San, con un turbante en la cabeza, comiendo no sé qué frutos tropicales, mientras una veintena de muchachas lo apantalla y le acerca grandes vasos de agua de todos los colores.

Cuando paso a su lado, me guiña un ojo.

Yo le digo:

—Hola San, me alegro de verte. Como verás, estoy paseando un rato por el desierto en el carrito de mi papá. En realidad, no estoy seguro de que sea mi papá, pero para qué seguir averiguando, ¿no?

—Me parece perfecto, cuatrochi. Si vos estás bien, todo está bien.

Dice esto, y un rayo de sol cae directamente sobre mis ojos. Cuando los abro, San ya no está. Unos metros más adelante, mi primo Ricardo me espera, con el guardapolvo doblado bajo el brazo. Al verme, un poco conpungido, levanta los ojos y me saluda. Yo lo saludo, por supuesto, sin ningún rencor. El entonces me dice: Disculpá lo que te dije el otro día. La verdad, te admiro, porque siendo como sos, distinto a todos los demás, no hacés nada para disimularlo... A mí, si me pasara eso, no sé...

Todo esto lo dice con ese lenguaje entrecortado que tiene mi primo, y que yo traduzco a mi propio lenguaje, inmediatamente.

A su alrededor no hay nada ni nadie. Ni un mísero arbolito con el que protegerse del sol, nada. Así que le digo, como para librarlo de aquel reflector implacable: No te preocupes, ya me olvidé. Y luego: Pero la próxima vez que me molestes con tus cargadas, te parto un palo en la cabeza.

Dicho esto, el segundo espejismo desaparece.

Mi papá me dice:

—¿Cómo va todo, hijo?

—Todo bien, pá.

A lo lejos, a través de las jorobas de Tornado, se extiende el desierto. Cada tanto sopla un poco de viento y el paisaje se modifica, pero sigue siendo el mismo desierto y el mismo sol que cae, a pique, sobre nuestras cabezas.

En el tercer espejismo, aparece mi mamá, con una jarra de limonada. En el cuarto, Luisito me dice que cuando termine me espera en su casa para dar una vuelta en bicicleta. En el quinto, me saco un diez en matemáticas; la señorita Isabel no puede creerlo y me felicita. En el sexto, soy el niño más feliz del mundo. En el séptimo, Neil Armstrong me invita a dar una vuelta en su cohete, alrededor de la luna, y yo, como disculpándome, le digo: Ahora no puedo Neil, estoy con mi papá... Y le señalo con los ojos a Kemosabe, y así toda la tarde y toda la noche. De espejismo en espejismo, cruzando el desierto en el carrito de mi papá.

A LA SALIDA del colegio; último sol de noviembre.

Cruzo la calle y enfilo hacia mi casa. Una cuadra, dos cuadras. Llego hasta el paredón que rodea el hospital. Es una pared larga, infinita, de la que sobresalen los árboles de eucaliptos. A un costado, los zanjones cubiertos de pasto y la cabeza de algún sapo asomándose, con sus grandes ojos saltones. Y un ruido, como si alguien me persiguiera.

Me doy vuelta y efectivamente: alguien viene corriendo detrás de mí.

Achico los ojos, para identificarlo. Pero recién cuando está a mi lado puedo reconocerlo con claridad: es el Topo, el hijo del carpintero. La cara huesuda, llena de granos, y sus enormes dientes de ratón.

Al ver que me detengo deja de correr y se acerca, ahora sí, más tranquilo. Quiere decirme algo, pero se interrumpe y empieza a respirar, la boca muy abierta, como si le faltara el aire.

Intento ayudarlo, pero se lleva una mano al pecho y con la otra me dice que lo espere. Cuando puede hablar, me comunica: Tu primo quiere que vayas al campito... Dice que es importante.

Lo miro para ver si encuentro, en sus ojos, un poco más de información, pero sus ojos son oscuros y vacíos, como si no hubiera nadie detrás. Así que lo digo que no, que no puedo.

—Me dijo que si no venías, te ibas a arrepentir...

—¿Ah, sí?

—Sí.

Miro hacia los costados, buscando algo que, en realidad, no está afuera sino adentro, y no encuentro nada.

El Topo me observa. Saca un pañuelo roñoso del bolsillo de su delantal y se suena la nariz, y con el mismo pañuelo se limpia el sudor de la frente.

Lo miro. No quiero que piense que tengo miedo.

Me quito los anteojos. Limpio cada uno de los cristales con la tela del delantal. Compruebo que están limpios, y vuelvo a colocarlos sobre mi cara.

Lo miro al Topo y le digo que está bien, y arranco para el campito.

El Topo me sigue. No sé si, además de todos los defectos que tiene, es rengo, pero camina con dificultad, como si se hubiera lastimado un tobillo o tuviera una pierna más corta que la otra.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, es sólo esta pierna. A veces funciona, y a veces...

—Te espero, no te preocupes.

—No, mejor vayamos, tu primo debe estar esperándonos.

Cuando llegamos al campito, el Topo se adelanta y con el pie sano aplasta el alambrado, hasta formar un hueco. Agacho la cabeza y paso a través del alambre. El Topo me dice: Cuidado, con las púas... Demasiado tarde. Una púa se incrusta en la tela del delantal, cerca de los hombros, y le causa un pequeño desgarrón.

—Te dije.

No le contesto nada.

Avanzo por el caminito de tierra, rodeado, todo a lo largo, de pastos altos, como de dos metros, siempre con el Topo detrás de mí, hasta llegar al claro que se abre unos pasos más allá, donde mi primo Ricardo, la espalda apoyada contra el tronco de un árbol, me espera.

Al verme, se sonríe. Dice: Qué bueno verte. Y me palmea la espalda y el hombro como si fuéramos amigos.

Yo me aparto, molesto.

Él dice: ¡Qué arisco...! Sólo eso, y enseguida mira hacia los costados y ensaya un silbido, ni muy suave ni muy estridente, llevándose los dedos a la boca.

Un segundo después, veo salir de sus madrigueras a los amigos de mi primo Ricardo. De todas las puntas del baldío, como un ejército agazapado, y entre ellos, la cara de mi amigo Luisito — cansada, legañosa— como si no fuera el Luisito que yo conozco, sino un fantasma.

“Luisito”, digo, como en un sueño; pero enseguida me despierto y decido irme de aquel lugar.

Mi primo se da vuelta y me agarra del brazo.

—Pará, pará... ¿A dónde vas?

—Me voy —le digo.

—Pero si vos los conocés...

Es cierto, los conozco. Son los pibes que todas las tardes se juntan en la esquina o frente a la peluquería del Rengo: Omar Horacio (pelo negro, muy corto, y anteojos de aumento); Álex o el Tano, como lo llaman sus amigos (morrudo, de ojos azules); el Clavo (petiso y fanfarrón); Semáforo (grandes orejas y un tic en los ojos que se abren y cierran constantemente) y El Panadero, al que llaman así sólo porque es el hijo del panadero, sin ninguna otra cualidad.

Omar Horacio levanta una mano y me saluda. Los otros hacen lo mismo.

Se sonríen.

Mi primo vuelve a mirarme.

—En serio, está todo bien.

Su mano sigue aferrada como un crustáceo en mi brazo. Lo miro a los ojos. Mi primo me suelta, acerca sus labios hasta mi oído y con una voz húmeda y pastosa, me dice algo que yo no comprendo, o no quiero comprender.

Cuando termina, le digo que está loco. Mi primo se ríe. Luego, en voz alta, me dice, para que todos lo oigan: Entonces vamos a tener que creerle al Titi, cuando dice algunas cosas de vos....

Yo me acomodo los anteojos, lo miro a mi primo.

—No sé qué anda diciendo El Titi, pero es una mentira, seguro... Además, qué tiene que ver eso con todo esto.

Mi primo acerca su cara hasta la mía, y como si tuviera todo el tiempo del mundo, me dice, en cámara lenta:

—Aunque no lo creas, tiene mucho que ver.

Mi primo es bajito, pelirrojo, y cuando te mira fijo, se le ponen los ojos estrábicos. Yo me acuerdo del león Clarence, y pienso que empuja su cara hacia adelante porque en ese momento me está viendo en duplicado, y no sabe a quién dirigir sus palabras exactamente.

—Además —agrega—, a la hija de doña Damasia le gusta. Si no, preguntale al Tano...

Lo miro al Tano, y el Tano, que sigue atentamente todos los movimientos de mi primo, asiente con la cabeza.

—¿Viste? —dice mi primo.

—Sí, vi. ¿Y con eso?

—En un rato, la hija de doña Damasia va a venir por acá, supuestamente para encontrarse con el Tano, y ahí la vamos a estar esperando nosotros.

—¿Y yo qué tengo que ver con todo esto?

—Mucho —dice mi primo—. Se está corriendo la bola, entre los pibes, de que sos medio raro, y yo les digo que no, que en mi familia no hay ningún “rarito”... Bueno, entonces que lo demuestre, me dijeron.

—No entiendo.

—¿En serio?

—En serio.

Entonces da un paso más hacia adelante, y me explica.

—Escúchame bien, el plan es este. La hija de doña Damasia va a llegar en un rato, para encontrarse con el Tano, y el Tano, al verla, le da unos besitos, y después le dice que si lo quiere, tiene que hacerle un favor muy importante. Y como ella está perdidamente chiflada por él, le cuenta nuestro plan.

—¿Qué plan?

Mi primo mira hacia un costado, escupe y vuelve a mirarme, con sus ojos azules y fríos.

—Que si lo quiere al Alex, va a tener que hacerlo con nosotros primero. Con todos nosotros, uno por uno.

—No va a querer.

—Eso es asunto nuestro. Lo que nosotros queremos saber es... si sos “raro” o no.

—Es un problema de ustedes.

—En ese caso...

Se da vuelta y mira, con los ojos entornados, a sus secuaces. De inmediato, todos (menos Luisito) comienzan a hacer morisquetas. Los miro. Como si fueran chicas, los muy tarados, se rasguñan entre sí, o se arreglan el pelo, o caminan, moviendo las caderas, por una pasillo inexistente...

Cansado, o vencido, o sólo para salir cuanto antes de aquella situación, le digo a mi primo: Está bien...

Al escucharme, a mi primo se le cruzan los ojos.

Luego me dice: Así me gusta...

Mira hacia la entrada del campito, y agrega: Ya es la hora. Debe estar por llegar.

—AGACHATE —dice mi primo y yo me agacho, por supuesto. Detrás de los árboles, a un costado de las cañas, al lado de Luisito, de mi primo, del Tano y de los otros chicos, espero a que la hija de doña Damasia haga su aparición. El pelo oscuro, revuelto, los ojos perdidos. La veo venir, ahí viene.

Un pájaro sale volando de entre las ramas y ella se asusta. Luego mira, buscando algo, al Tano seguramente, y el Tano aparece. La luz de la tarde a esa hora, como un oro, le cae sobre el pelo, y la chica, al verlo, cree que es una aparición.

El Tano se le acerca, sonriente. La toma de la mano y la lleva hasta la parte más oscura, detrás de los eucaliptus. La hija de doña Damasia, como si estuviera hipnotizada, se deja llevar. El Tano le acaricia el pelo, apoya los labios contra sus mejillas. La chica entrecierra los ojos; el Tano aprovecha y se acerca, despacio, hasta el borde de sus labios.

La chica entrecierra los ojos y deja que el Tano le acaricie la cintura, el vestido. En eso, el Tano le dice algo, que la quiere o algo parecido, y la chica se pone a llorar.

El Tano piensa: *Ya está, es pan comido.*

Se aproxima, otro poco. Apoya sus labios sobre las mejillas de la chica y con la punta de la lengua se lleva cada una de sus lágrimas hasta la boca. La chica piensa que está en el cielo, y no sé cuántas otras cosas más. Pero enseguida, no sabe cómo, se da cuenta de que no, que es todo lo contrario.

—Ya se lo dijo —comenta mi primo.

La chica tiembla como una hoja. Que si lo quiere, le dice el Tano, debe hacerlo primero con sus amigos. Que no lllore, que sea buena... Si lo hace, le dice, él nunca, pero nunca, la va a dejar.

La chica, al principio, no entiende nada. Y cuando entiende, se aparta, de golpe. El Tano quiere abrazarla pero la chica le dice que no. Él insiste. La chica vuelve a negarse, los brazos cruzados sobre su pecho.

El Tano se acerca. Estira una mano y luego la otra. La chica lo rechaza. El vuelve; le acaricia los hombros, el pelo. La chica sigue negándose pero, cada segundo, un poco menos. Finalmente, el Tano la abraza. La chica se estremece. Cae, como una piedrita, hasta el fondo de ese abismo que tiene el color de los ojos del Tano, y el sabor de sus labios, también.

—Así me gusta —le dice.

La chica, asustada, se agarra del vestidito que le cubre las piernas. El Tano la besa y le quita las manos. Se le echa encima y se baja, hasta las rodillas, el pantalón. La chica no dice nada. Ni un solo gemido, nada. Mira los árboles, el cielo oscurecido y el pelo dorado del Tano, que al moverse sobre ella, se agita, como si lo empujara el viento.

Es un minuto, nada más. Cuando quiere darse cuenta, el Tano se aparta, se sube el pantalón y los llama a los otros, para que empiecen.

Mi primo Ricardo me da un golpe en el brazo y me dice “Te toca a vos”.

Me levanto. Voy hasta donde están el Tano y la chica. Ella tiene los ojos cerrados y se tapa, con las manos, la parte de su cuerpo que el vestido dejó al descubierto.

Mi primo Ricardo dice: Dale, y me empuja. Tan fuerte, que voy a caer encima de la chica,

torpe, como una bolsa de papas.

La chica se mueve ahí abajo, un poco, pero no dice nada. Entonces, en ese preciso momento, me doy cuenta de toda la situación, y veo perfectamente lo que tengo que hacer.

Me aparto de la chica. Mi primo dice: Yo sabía, sabía...

No dejo que termine la frase. Agarro un palo del suelo y se lo parto, con toda la furia, en la cabeza. Mi primo se lleva la mano hasta la frente. Toca la sangre.

—¡Ahora sí! Te reviento —dice, y se arroja sobre mí.

Caigo de espaldas contra el suelo. Quiero incorporarme, pero se me viene otra vez encima. Me agarra del cuello y aprieta, con toda su fuerza, hasta dejarme sin respiración.

A punto de desmayarme, me acuerdo de un golpe de yudo que me enseñó San, y comprendo que es el momento de aplicarlo.

Flexiono la rodilla.

Golpeo.

Mi primo me suelta el cuello y se lleva las manos a la entrepierna. Respira hondo; le cuesta. Yo me pongo de pie, aprovecho y le arrojo una patada voladora. (Una vez San me dijo: *Yo creo que las patadas voladoras van a ser tu especialidad... Acordate.*)

Lo miro, miro a mi primo. De la nariz, de la boca, le corre un hilo de sangre que baja por el cuello y le empapa la remera, en la parte del pecho.

La chica se levanta, se pone de pie. Nos mira.

Los otros alientan a mi primo, para que se ponga de pie y me dé, como ellos dicen, un escarmiento.

—¡Dale Riky ¡Reventalo!

—¿Reventalo? ¿Reventalo? Ya vas a ver quién soy... Levantate —le digo. Y cuando lo hace, cierro los puños y le doy una trompada con la derecha, y otra más abajo, con la izquierda, hasta ver cómo el cuerpo de mi primo se tambalea y cae, como un flan, contra el suelo.

Luisito se acerca y me dice: Dejalo, está liquidado. Yo lo miro pero... o no lo entiendo, o no lo reconozco.

Me acerco a la hija de doña Damasia y le digo que no llore, que todo está bien. Luego lo miro al Tano. El Tano me mira y ahí nomás, en el acto, sale corriendo, y detrás del Tano, el resto de la pandilla.

Mi primo boquea, en el suelo. La mandíbula partida, chorreando sangre. De golpe, me doy cuenta que se hizo de noche. En la calle, brillan las luces de mercurio y más alto, en el cielo, una luna redonda, amarilla, con los bordes rojizos.

Luisito me pide que lo perdone.

Yo solamente le digo: Vamos, vámonos de acá.

EL RUMOR DEL RÍO empieza a cubrirnos, y poco a poco nos vamos tranquilizando, sin darnos cuenta. Yo al menos dejo de patear piedras, y Luisito deja de mirar la luna, callado, serio como un palo de escoba... Hasta que de pronto, aparece el río verdadero y la hilera de árboles que lo escoltan.

Al verlo, Luisito sale corriendo y se queda parado ahí nomás, en el borde, y comienza a mirarlo como si nunca antes hubiera visto algo así. Luego, por primera vez en toda la tarde, me mira y se sonríe.

—Vení, Os —dice.

La luna, perfecta, ilumina el caminito de piedras que nos separa. *Es como caminar sobre una cinta de luz*, pienso. Y el agua, todavía más luminosa, a un costado, y los árboles quietos, mirándolo todo, con ese cansancio que tienen los árboles después de haber luchado cuerpo a cuerpo, todo el día, con el sol del verano; pero con esa tranquilidad de quien se dice “labor cumplida” y se relaja, y contempla la vida sin ninguna obligación, sin ninguna estridencia.

De a ratos, se levanta un poco de viento, y enseguida se calma.

Llego hasta donde está Luisito. Miro el agua. Luisito me dice “Mirá, Os”, y me señala algo en el medio del río, que yo no alcanzo a distinguir.

Achico los ojos; pero es inútil.

Luisito me dice:

—Es un zapato con plataforma, de los que a vos te gustan.

Vuelvo a observar el agua. Entonces sí, lo veo. La enorme plataforma de veinte centímetros más o menos, y la parte superior, de un cuero lustroso, rojizo o anaranjado, con su correspondiente hebilla dorada.

Luisito me pasa la mano por el hombro, y oprime un poco, con los dedos, en ese mismo lugar, y un poco más arriba, en el cuello, y luego se aparta.

Se quita la remera y el pantalón, las zapatillas y el canzoncillo, y se zambulle, todo a lo largo, en el agua. Da un par de brazadas, se acerca hasta el zapato y apenas lo obtiene me lo muestra, un segundo, y vuelve nadando hasta la orilla.

Pone el trofeo sobre la piedra y sale del agua.

Luego, toma el zapato de plataforma y lo coloca sobre mi mano.

—Es hermoso —le digo.

Luisito se sonríe; los brazos cruzados sobre el pecho, con un poco de frío; los labios trémulos.

—Es para vos.

Miro al zapato y lo miro a él. Los ojos brillosos, chorreando agua.

Me saca la remera y se la doy, para que se seque.

—No hace falta.

—Tomá —insisto.

Agarra la remera y, como si fuera una toalla, se la pasa por la cara, el pelo, los brazos, las piernas... Luego busca el calzoncillo y el pantalón y se los pone. La remera, en cambio, la toma

entre sus manos, hace un pequeño bollo y me la devuelve.

—Está empapada, disculpá.

—No te preocupes.

Se da vuelta, encuentra su propia remera y me dice que me la ponga, que está seca. Al principio le digo que no, pero, como hace frío... Bueno, le digo, y me dejo envolver por la remera de Lusito, la tela apenas húmeda y tibia todavía.

A lo lejos, se escucha el silbido de un pájaro nocturno que, al parecer, sigue muy atentamente nuestra conversación.

Luisito dice:

—Perdoname lo de hoy... Viste cómo es tu primo. Empezó a cargarme, y yo no tenía ganas de pelear.

No le contesto nada. Agarro el zapato de plataforma y me lo pruebo. ¡Me queda perfecto!

Luisito se ríe. Me paro sobre el pie que tiene el zapato, y quedo como veinte centímetros más arriba.

Luisito se pone a mi lado y me toma de los hombros, para que camine.

—Agarrate de mí —dice.

Me agarro y entonces sí, avanzo, con mi enorme zapato de plataforma sobre las piedras, a orillas del río...

—¿Y...? ¿Te gusta? —me pregunta Lusito.

—Me encanta.

—Entonces tenés que comprarte unos así.

—Si pudiera...

—Yo tengo unos ahorros.

Me detengo, lo miro a los ojos.

—Gracias, pero no.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Entonces Luisito, que es un bromista, y que no se da por vencido ante nada, me hace cosquillas debajo de los brazos, y en la cintura, y mientras ve cómo me desparramo sobre las piedras, dice: No me importa, yo te los voy a comprar igual. Y se queda mirándome, con esa alegría que tiene Luisito, que parece maligna y es todo lo contrario.

Luego se tira a mi lado; se hace el tonto y me da un codazo a la altura de las costillas. Damos un par de vueltas, como para comprobar cuál de los dos es el más fuerte, y al final, rendidos, nos quedamos mirando la noche.

Todos transpirados, boca arriba.

Silencio.

Después de un rato, Luisito me dice:

—Lo dejaste grogui a tu primo. ¡Qué paliza...! Ese no creo que te vuelva a molestar.

—Es un idiota.

—Pero decime, ¿cuándo aprendiste a pelear así?

—Tengo un amigo... Él me enseñó.

—¿Un amigo?

—Sí.

—¿Yo lo conozco?

—No.

Luisito se da vuelta y se pone a mirar la luna, como si ahí pudiera encontrar algo, una respuesta. Yo me quedo pensando en San, y en lo orgulloso que se va a sentir cuando le cuente sobre la pelea con mi primo Ricardo, en el campito.

A un costado de nosotros, sobre las piedras, el zapato de plataforma y la remera que le presté a Luisito para secarse. Los miro. Miro a Luisito. La cara un poco enfurruñada, como cuando se enoja.

Agarro el zapato de plataforma, meto mi mano en su interior, y lo hago caminar, hasta dejarlo justo al lado de su cara.

Como es un zapato enorme, hace *plop plop* al caminar.

Luisito se ríe, luego se acuerda de que está enojado y deja de reírse. El zapato se acerca. Lo mira y le dice, con su hermosa voz de zapato de plataforma:

—Gracias por sacarme del agua.

—De nada —le contesta Luis.

—¿Me dejás que te abrace?

—Yo sabía... Los zapatos de plataforma son medio... mariposones, ¿no?

El zapato de plataforma lo escucha y le da un pequeño puntapié sobre los hombros, y enseguida, ahí nomás, toma vuelo y empieza a revolotear sobre su pecho, sobre su cabeza, como una mariposa enorme y anaranjada, yendo y viniendo de aquí para allá, hasta que finalmente se detiene sobre sus ojos y le dice —el muy atrevido: Mejor, un beso.

Luisito se ríe. Mira hacia los costados, mira al zapato que no deja de mirarlo a su vez, divertido, y un poco expectante.

—Bueno, pero un beso solo, y nada más —dice Luisito.

El zapato pega un salto, y luego vuelve a posarse muy cerca de los labios de Luisito que no sabe, muy bien, qué hacer.

—¿Y...? —le pregunta el zapato, temblando como sólo puede hacerlo un zapato, al borde de la respiración de un chico que lo mira, un poco aturdido, sobre las piedras.

—Ya va, ya va... Pero antes —le dice— cerrá los ojos.

—Los cierro —le contesta el zapato.

Entonces Luisito toma el zapato con ambas manos y, con una dulzura infinita (que evidentemente estaba ahí, desde hace mucho tiempo, al acecho) acerca sus labios hasta la inmensa plataforma, y sin decir una sola palabra, lo besa... Besa esa parte del zapato, y un poco más arriba también, junto al cromo dorado de la hebilla que, al ser tocada por sus labios muestra un ligero, imperceptible estremecimiento.

Luisito se queda un instante ahí, y luego se aparta. El zapato se queda todavía un rato más, suspendido en el aire, con los ojos cerrados.

Luisito le pregunta: ¿Todo bien?

—Todo bien —le responde el zapato con una voz, de tan delicada, transparente, como si hablara el alma del zapato y no el zapato entero, en persona.

Luisito se quita el pelo de los ojos, lo mira y se sonríe —esa sonrisa, al zapato, le rompe el corazón.

—Gracias —le dice el zapato.

—De nada —dice Luisito.

Yo lo aprieto al zapato de plataforma, contra mi pecho, y le digo a Luisito:

—Tenés que entenderlo.

—Lo entiendo.

—¿En serio?

—En serio. Es el zapato más hermoso que vi en mi vida.

El zapato, al escuchar esto le dice, con un poco de timidez y esa especie de desparpajo que le da ser, a pesar de todas las penurias, un zapato de moda:

—Vos también.

Luisito se ruboriza.

Yo le digo, al zapato: Bueno, basta de molestar a Luisito, y vayamos a casa.

Luisito me dice:

—No me molesta.

—Igual... Tenemos que irnos.

A lo lejos, la luna redonda y amarilla se inclina, tranquila, sobre el agua del río. Luisito se acerca, otro poco, y me dice: Gracias, Os. Y cuando está a punto de darme un beso en la mejilla, el zapato de plataforma se interpone.

Lo miro a Luis, como pidiéndole que lo disculpe.

Luisito se ríe. Vuelve a quitarse el pelo de los ojos. Me mira a mí, y lo mira al zapato.

Dice:

—No te preocupes, Os... Es un zapato muy hermoso. Muy hermoso, de verdad.

El chico escucha el ruido que hacen las rodillas de Titi al agacharse. Él se agacha también. El otro lo mira, lo abraza por atrás. Le quita los anteojos y los deja, muy delicadamente, sobre el pasto. El chico cierra los ojos y apoya, sobre el pasto húmedo, las mejillas.

AL GRANIZO, cuando cae, no hay nada que pueda detenerlo. Nada que pueda decirte lo que es.

De pronto, deja de soplar el viento. Las hojas de los árboles, los animales, se quedan mudos. El Rengo sale a la vereda y guarda el cartel que dice *Peluquería*; cierra los postigos. Tía Magdalena mira el cielo, pesado, y se persigna. Tornado para las orejas.

El cielo se oscurece. Es de tarde, pero ahora es de noche y luego nada, en serio. El silencio. Solamente se escucha el zumbido, en el fondo, de la propia respiración.

Con mis hermanos abrimos los ojos y nos quedamos mirando el techo de la cocina. Mamá dice, como para romper el maleficio: Vamos, tomen la leche.

En cada una de nuestras tazas, el matecocido con leche, humea, y el vapor nos llena de gotitas la piel de la cara. La boca abierta, miramos el techo.

De golpe, escuchamos el ruido que hace la primera piedra. Como si alguien hubiera disparado un revolver contra las chapas. Mis hermanos y yo nos miramos entre nosotros, y luego miramos a mamá, que no deja de mirar para arriba.

Puede ser que no pase de ahí. Una sola piedra aislada, y nada más, así que nos quedamos mirando, aunque ahora con el corazón en la mano, temiendo que en cualquier momento caiga la segunda descarga... Y efectivamente, cae.

Mamá nos mira. Si se abriera el cielo ahora mismo, y cayera la lluvia, el peligro de las piedras se perdería, pero no. Lo que ahora se escucha es el rugido de una ametralladora y las balas que se suceden y se superponen y hacen estallar el techo de mi casa, y de las otras casillas, sin detenerse.

Cinco, diez segundos.

Las balas, del tamaño de una pelota de tenis, atraviesan el techo de la cocina, el techo de la pieza, todas juntas, haciendo un ruido ensordecedor, y en medio de todo ese ruido, mi mamá que dice, como si no pudiera creerlo todavía, como una sonámbula: Son piedras...

Después, la lluvia se desata y se cuele por los agujeros.

Mamá dice que nos metamos abajo de la mesa y ahí estamos, mis hermanos y yo. El agua pasa por el techo como si no hubiera techo. Mamá corre de un lado para el otro, tratando de salvar algo, alguna cosa. En eso, entra el tío Carlos y nos saca de donde estamos escondidos, y sin decir nada nos carga en sus brazos y nos lleva por los pasillos, bajo la lluvia, hasta la casa de mi tía Rosa, que es la única casa de material.

Antes, le da a mi mamá un paraguas y le dice que vaya con las tías. Que no hay nada que hacer, ahora. Norma, le dice.

Mamá lo mira con sus ojos de niña, aterrados. Nos mira a nosotros. Nos dice que vayamos con el tío y vuelva a lo suyo.

Tía Rosa nos recibe con una toalla y té caliente. Tía Magda nos cambia la ropa. Mamá va y viene, por los pasillos, bajo la lluvia. Cada trueno, cuando suena, no parece que sonara afuera, sino adentro. Y después... Bueno, todo ese lío de la casa en ruinas, los colchones mojados, la ropa, los zapatos, las sábanas... No te podés imaginar San, al otro día, la desolación.

El Titi apoya la espalda contra el tronco de un árbol; enciende un cigarrillo. El chico, que se ha quedado dormido, sueña que es un cantante de moda y que está en el escenario, a punto de estrenar una canción. Sobre su cuerpo cae un haz de luz. Suenan los primeros acordes. El chico, con una voz hermosa, desconocida, comienza a cantar. La letra de la canción dice, inclusive, que es otra persona, y que esa persona está enamorada. Dice "Yo soy aquel" ..., y entrecierra los ojos, y luego, que él está para eso, "para quererlo, para adorarlo" dice... En cierto momento levanta los hombros como si dijera: "Ya sé que es una estupidez inútil, pero es así". El público lo escucha con atención; pero él no ve a nadie. La sala está a oscuras y esa luz, la del reflector cayendo sobre sus ojos, le impide ver cualquier otra cosa que no sean sus propios sentimientos. Aun así, puede ver al muchacho que, en realidad, es el único destinatario de la canción. Ahí, en primera fila: la misma camisa a cuadros, los mismos ojos alargados y oscuros... El muchacho lo mira. Lo escucha cantar (esa canción absurda, piensa) y no puede creerlo. Se sonríe. Dice "Está loco". "Os, estás loco" le dice. Y lo mira, como si fuera posible salirse, por un instante, de la platea, y juntarse con el chico en el escenario, y decirle que a él también, por primera vez en la vida, le pasa lo mismo... Pero no hace nada, no dice nada. Lo mira, nada más. Los ojos cubiertos por una cortinita de lágrimas. Lo mira, lo escucha cantar, en silencio. Como si el chico fuera realmente otra persona.

CAEN (primero una y después otra) las piedritas de arena sobre el techo de chapas. A la tercera, salto como un resorte de la cama y salgo a la calle.

Mamá, en ese momento, vuelve del patio y se tropieza conmigo. Viene de juntar la ropa de la soga, y ahora la dobla sobre la mesa de la cocina. Me pregunta a dónde voy. Yo le digo: Por ahí, a jugar con los chicos. Sin mirarla a la cara, como si las piedritas, al caer sobre el techo, me hubieran dejado una marca en los ojos.

Ella no ve ninguna marca, pero me dice: Pará, no corras. Y luego: No vuelvas tarde, que en un rato comemos. No, má, le digo, o imagino que le digo, porque cuando termina con sus recomendaciones, ya estoy en la esquina.

Paso de largo por la entrada del campito y después vuelvo a pasar. No hay nadie en la vereda. Miro hacia un costado y luego hacia el otro, y al final cruzo el alambrado, directo hacia los árboles. Afuera, se encienden las luces de mercurio.

Me siento junto al tronco de un árbol (el mismo árbol de siempre) y me quedo ahí, esperando.

La luna comienza a salir por detrás de las casas. Para no verla, encojo las rodillas y guardo la cabeza entre las piernas. Al rato, me quedo dormido. Me despierta el ruido de unos pasos que se acercan, se detienen, vuelven a ponerse en marcha, y ahora están a mi lado.

Levanto la cabeza y lo miro. Es un muchacho alto, como de dos metros. No veo ninguna otra cosa más. *Es por la luz de la luna*, pienso. El muchacho apoya su mano sobre mi hombro, y como si me estuviera sacando de un sueño, me dice:

—No te asustes, soy yo.

Lo miro otra vez. Achico los ojos para mirarlo.

San se ríe.

—No te hagas el chicato.

—San —le digo—, sos vos...

—Sí, soy yo.

Me da su mano y, apenas la tomo, empuja hacia arriba para que me levante.

Mira hacia los costados; se queda pensando, y al rato me dice que vayamos hasta unos árboles que están más allá, al lado de las cañas.

Luego: Quedate acá y esperame, dice.

—San...

—No te preocupes; todo va a estar bien.

Me guiña un ojo; después da la vuelta y se aleja, a paso rápido, por el mismo camino.

La luna, en ese instante, alcanza la parte más alta del cielo, y desde ahí me mira; aprovecha para decirme, como si fuera un eco de San: *No te preocupes, que todo va a estar bien*.

Me siento en el suelo y apoyo mi cabeza contra el hueco del árbol. Miro la luna. De a poco, se me cierran los ojos. Hago un esfuerzo por mantenerme despierto pero los párpados me pesan, cada segundo un poco más, hasta que ya no puedo abrirlos y me quedo dormido.

Entonces tengo un sueño, con Tornado. (Lo extraño es que en mi sueño, Tornado no es un

caballo sino un ángel, con un halo de luz en la cabeza y dos alas muy blancas, enormes, a un lado y el otro de su lomo).

Tornado entonces, en el sueño, me mira y se sonrío. Hay algo raro en su mirada. No llego a saber qué es, y vuelvo a mirarlo. ¿A quién me recuerda? En eso, inclina la cabeza y se sonrío otra vez, con esa sonrisa fanfarrona que, ahora sí, reconozco inmediatamente.

—Pero vos no sos Tornado. Sos...

No me deja terminar la frase. Se lleva un dedo a la boca y me dice:

—¡Shhhh! No digas nada, Os.

Los ojos, de tan azules, transparentes.

Al darme cuenta, me sonrío.

San se acerca, apoya su mano sobre mi hombro.

—Qué cara —dice.

Me acomodo los anteojos sobre la nariz.

—Es que no sé si estoy despierto o estoy dormido.

—¿Es importante eso?

—No; creo que no...

Miro las alas de San, el material de otro mundo del que, sin duda, están hechas, y entonces le digo:

—Pero, de haber sabido que eras un ángel...

—¿Hubiera cambiado algo?

Me encojo de hombros.

—No sé.

—Vamos —me dice, y enfila para la salida.

Lo sigo.

Voy a preguntarle por el Titi, por el hermano de Luisito, pero él se da cuenta y no me deja decir nada más. Se lleva otra vez el dedo a la boca; luego lo aparta con lentitud. Sólo dice:

—No te preocupes; en serio.

Me llama la atención, entre sus alas inmaculadas, unos lamparones oscuros, violentos, como manchas de sangre, que van desde sus alas hasta la pechera de la camisa.

Es un segundo, nada más. Enseguida, San levanta la mano y deja caer sobre la mancha un halo de luz, y como si ese halo estuviera lleno de jabón en polvo, las manchas desaparecen.

Entonces se acerca y me carga entre sus brazos.

—Vamos —dice.

Cierro los ojos. Luego, los abro. Miro, la mejilla apoyada contra su hombro, la oscuridad del campito que dejamos atrás.

Cada tanto, acaricio las alas que sobresalen de su camisa.

Me hacés cosquillas, Os, dice. Y una vez que pasamos el alambrado, vuelve a preguntarme: ¿Todo bien?

—Todo bien, San.

—Ahora agarrate —dice, y estira los brazos hacia adelante, y pega un salto que lo pone inmediatamente por encima de las nubes, entre las estrellas.

Me agarro de sus alas con ambas manos, para no caerme.

Arriba, el universo es frío y silencioso.

A veces, pasa un meteorito y San lo saluda.

—¿Te gusta, Os?

Como estoy en la inmensidad de la noche, mis palabras se pierden por ahí, y las que llegan — cuando llegan— son como los restos de una explosión ocurrida hace miles de años.

Aun así, alcanzo a decirle: Sí, San... ¡Es maravilloso!

—Maravilloso —repite—, esa es la palabra —y se pone a batir sus alas contra mi cara, para incordiar-me nada más.

Las plumas, al principio, me hacen estornudar, pero después apoyo mi cabeza, como si fueran un almohadón.

Entrecierro los ojos. Pasa y no pasa el tiempo. La noche, ahí arriba, es fría, pero el cuerpo de San es tibio, así que me apoyo tranquilamente contra él. Al fin, nos detenemos. Sus pies tocan la tierra que —en realidad, para ser exactos— es una alfombra de nubes.

—Llegamos —dice.

Me bajo de su espalda y miro a mi alrededor. Miro los árboles, los ranchitos donde mis hermanos y primos duermen la siesta. Y más allá, la peluquería del Rengo, y la terraza de la fábrica abandonada, y la casa de mi amigo Luis...

Todo exactamente igual que en la Tierra, salvo que ahora, entre la peluquería del Rengo y la casa de mi amigo Luisito, se encuentra el mismísimo Dios, esperándome.

Al verme, se acomoda el pelo que le cae sobre los ojos (oscuros, achinados, como si recién se levantara de dormir la siesta) y se sonríe.

—Bienvenido —dice— ¿Cómo estuvo el viaje?

—¿El viaje? Ah sí... Rápido, Señor —le digo, por decir algo nada más.

Pero antes de terminar la frase, Dios se da vuelta y lo busca a San con la mirada.

—No fue tan rápido... —se apura a decirle San—. Bueno, a lo mejor un poco rápido, pero no *tan*... rápido... En serio.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, Dios se le acerca. Le palmea el hombro y, un poco más abajo también, donde tiene las alas.

—Ya hablaremos de eso, después... Por ahora, debo admitir que hiciste un buen trabajo, San

—No fue nada, Señor

Entonces Dios se me acerca otra vez y me dice que me quede tranquilo. Que ahora —me explica— las cosas están en su lugar.

No sé de qué me habla exactamente. Como si mi viaje al Cielo me hubiera trastocado, un poco, la memoria o la razón. Aun así le digo que gracias, por las dudas. Luego lo miro a San, y él, sin que Dios lo vea (bueno, es una forma de decir) se da vuelta y me pregunta, con esa voz tan graciosa de ángel que tiene San, acostumbrado a lidiar con los asuntos más peligrosos de la Tierra:

—¿Todo bien, cuatrochi?

—Todo bien, San.

—Me alegro —dice, y se ríe, y me guiña un ojo.



EPÍLOGO

Una historieta de cuando las historietas no eran un consumo de culto, del tiempo en que las historietas eran para los chicos de pantalones cortos. Un cuento de pobreza ejemplar, con la traza de un Dickens suntuoso, con la voz melódica y varonil de Favio. La crónica de un pasado en el que los oficios eran trajes resistentes que protegían la dignidad y no maneras desesperadas de aferrarse al último borde de materialidad de mundo. Una historia de amor con ribetes de ensueño, con pájaros asomados a la rama como vecinas que opinan de la escena recién vista, con estrellas en el más allá de la geografía de una terraza conurbana. Un capítulo de Dinastía metido en una ciudadela de chapa acanalada que ‘no es una villa porque nosotros somos una familia’, una ciudadela de techos que suenan el pentagrama de la lluvia mientras los chicos comen las tortas fritas de una mamá que amasa “algo que les llene la panza”. El relato de una gente en el que resalta un niño con anteojos que le permiten una mirada múltiple, microscópica y capaz de atravesar símbolos, que le permite hacer acopio de sentido en el mundo en el que está obligado a vivir por fuerza y por gracia.

Una mirada que irrumpe oblicua para mantenerse lejos pero a veces se disuelve y también se enamora del aire que respiran esos personajes entrañables. Osvaldo Bossi escribe todas las maneras de *Yo soy aquel* desde el centro de su propia tradición de narrador y de poeta, junta sus trazos para una nouvelle que se emparenta con casi toda su escritura pero que recupera la voz casi secreta de los poemas de su libro *El muchacho de los helados*.

Bossi despliega una escritura que conmueve por lo que cuenta pero mucho más por lo que logra construir detrás de las palabras como el verdadero edificio, el real e indestructible, con un fulminante poder empático.

Con oficio de escritor, audaz y clásico, Bossi expone la dualidad de un estilo que es tan violento como dulce y para eso se vale del mayor arquetipo de lo humano: la amistad. A través de imágenes frescas de un pasado que atesora vitalidad recupera a la niñez como a un imperio y confirma que la infancia es la usina en la que se organizan las letras que finalmente nos van a convertir en irradiados de una temática propia. Con escenas que parecen relatos nuevos de periplos míticos —el viaje en el carro junto a su padre—, Bossi pone al niño de su novela como a un Hércules pequeño que recibe una lección primordial y los límites de su universo se abren por fuerza de un linaje desafiante. Su nouvelle renueva una cartografía de la infancia que suele empolvarse: la amistad, la nobleza, los secretos, el amor de los amigos y su prole vastísima y variopinta.

Yo soy aquel, como una endecha pop, es también una plegaria, un libro escrito como un susurro que permanece en la memoria con la potencia del amor que nunca se olvida, con la urgente

sorpresa del primer deseo.

Julián López

DEL AUTOR

Oswaldo Bossi nació en Ciudadela, provincia de Buenos Aires, en 1963. Es poeta y narrador. Entre sus libros publicados se encuentran: *Tres* (Bajo la luna, 1997), *Fiel a una sombra* (Siesta, 2001), *El muchacho de los helados y otros poemas* (Bajo la luna, 2006), *Ruego por el tornado* (Sigamos enamoradas, 2006), *Del Coyote al correccaminos* (Huesos de Jibia, 2007), *Esto no puede seguir así* (Letras y Bibliotecas de Córdoba, 2010), *Casa de viento, antología personal* (Nudista, 2011), *Ni la noche ni el frío* (Textos intrusos, 2012), *Chicos malos* (Editorial Conejos, 2012), *Como si yo fuera su novia* (Editorial Mágicas naranjas, 2013), y su novela *Adoro* (Bajo la luna, 2009). Forma parte de diversas antologías de poesía argentina y latinoamericana. Colabora como crítico en distintos medios especializados. Organiza, junto con los chicos y chicas de su taller, el ciclo de lectura *El rayo verde*. Desde abril de 2014, es el editor responsable (junto con Jorge Núñez) de la editorial de poesía *Viajero insomne*. Encargado de la formación en el área de escritura, coordina talleres de poesía y de narrativa en forma grupal e individual.